



MORTIMER CODY

con la mente
a oscuras

FBI



R

© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 24.451-1968

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

MORTIMER CODY

Con la mente a oscuras

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 879.—Huellas en el infierno.

Colección OESTE:

Núm. 279.—Dos tumbas lejanas.

» 302.—Viento de tormenta.

» 341.—Dedos de ángel.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 262.—Un par de cachorros.

» 265.—Desató el infierno.

Colección MARSHAL:

Núm. 124.—Noche trágica.

» 127.—Adiós a un pistolero.

» 133.—Herederos de la muerte.

Colección WINCHESTER:

Núm. 5.—Sendas cruzadas.

» 14.—Una horca espera.

Colección COLT 45:

Núm. 21.—El regreso al redil.

» 25.—Ha muerto un desconocido.

Colección F.B.I.:

Núm. 883.—Quieren asesinarme.

» 886.—Muerte bajo cero.

» 889.—Lección de espionaje.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 59.—Plan 2.500 en marcha.

» 65.—El monstruo.

» 72.—La muerte de cara.

I

EL hombre estaba frente al espejo del tocador, mirándose a los ojos, como si quisiera hipnotizarse. No era ése su propósito, sin embargo; el hombre se miraba con mucha fijeza a los ojos, tratando de profundizar, de llegar a reconocerse. Y era inútil.

O estaba loco, o era un sueño. Pero ni inspeccionando en su mente, ni mirándose al espejo, ni hablando con ella, con la dama que le visitaba de vez en cuando en aquel cuarto, lograba reunir datos suficientes, ni siquiera, en realidad, los datos mínimos para llegar a una conclusión sobre sí mismo.

Existía un vacío total en su mente; un negro vacío; un hueco espantoso. Sabía que era un hombre, que estaba vivo, que tenía el cabello castaño, los ojos pardos y una buena figura; eso lo demostraba el espejo. Pero..., era saber muy poco sobre uno; era no saber nada, en realidad.

Dejó de mirarse al espejo y paseó por el cuarto.

Era una estancia bastante grande, sólidamente amueblada, con viejo mobiliario, de buen estilo, agradable a la vista. Además, el cuarto tenía un espléndido ventanal, que permitía ver un anchuroso parque, de no sabía dónde; un parque muy bello, muy verde, con salpicaduras de colores diversos; veía también un lago, una pista... Resultaba curioso que todo cuanto le rodeaba resultase tan grato a la vista.

Allí estaba, mirando por el ventanal. Le gustaba el reflejo del sol en las aguas del lago; veía algún coche, sólo de vez en cuando, circulando por la pista...

Lo demás era silencio; silencio y sombras.

Silencio en torno, y sombras en su mente.

Dejó de mirar por la ventana, observando el rincón del cuarto

donde estaban reunidas sus comodidades y placeres. Tocabiscos, botellas, cigarrillos... Lo único que le hacía gracia a su oscuro cerebro era la música. Lo demás, le repugnaba.

Normalmente, aquel hombre se detenía en mitad de la estancia, y trataba de serenarse. Él, sin duda, era alguien, y hacía algo allí. Pero, ¿quién era y qué hacía?

Otra vez se miró al espejo. Como si aquel pedazo de cristal azogado tuviera la respuesta a todas sus preguntas. El hombre vestía un bonito traje gris, con un cuadro muy discreto, algo más oscuro, aunque estaba entonces en mangas de camisa y sin corbata. El espejo decía que el hombre era fuerte, joven... Y nada más. Nada.

Con paso lento, un poco arrastrado, aquel hombre fue a sentarse frente al tocadiscos, en un sillón. Pondría música. La música le resultaba grata, y no sabía por qué. Iba a colocar un disco, cuando oyó que se abría la puerta del cuarto. Miró.

Naturalmente, era ella, la dama.

La mujer entró en el cuarto, sonriendo. Era la suya una sonrisa agradable, en un rostro bello, que el hombre escrutaba sin el menor disimulo, quizás buscando en aquel rostro, o en los ojos muy negros y grandes de la dama, lo mismo que en el espejo. Y... la respuesta era la misma: nada.

Ella se acercaba; era esbelta, de formas bien definidas; el jersey apretaba unos senos casi juveniles, y el pantalón color oro silueta unas hermosas piernas, largas, rectas. Ella tenía el cabello negro, liso, caído sobre los hombros.

—Buenos días, Jean Paul —dijo ella en francés.

—¿Jean Paul? Vaya..., ya es algo. De modo que ése es mi nombre, ¿eh?

La dama meneó la cabeza. Parecía sentirse triste.

—Pero..., querido... ¿Qué significa tu actitud? ¿Qué clase de broma es ésta?

—Hasta ahora no habías mencionado mi nombre.

—Pero... ¿cómo puedes decir eso? Jean Paul: eres mi marido. ¿Cómo no he de haber pronunciado tu nombre antes, miles de veces? ¿Qué te ocurre? Estoy tan inquieta...

Ya estaban juntos.

El hombre la miraba con mucha fijeza.

—¿Tú y yo... estamos casados? —musitó.

Ella abrió mucho los ojos.

—Jean Paul..., no consigo comprender lo que ocurre contigo... —susurró—. Me asustas.

—¡Habla claro, entonces! —estalló Jean Paul—. ¿Qué hacemos aquí, y quiénes somos tú y yo? ¿Crees que estoy jugando? Yo soy un hombre y tú una mujer. Pero, aparte de eso, nada más se me ocurre que pueda haber entre nosotros. De todos modos..., veamos: ¿cuándo nos casamos?

La mujer estaba arrodillada junto a Jean Paul, mirándole a los ojos.

—Hace sólo unos días; seis exactamente, Jean Paul —musitó.

—¿Dónde contrajimos matrimonio?

—En Marsella.

—¿Marsella? Bien, bien... ¿Y dónde estamos?

—En París... ¿No reconoces París? Oh, claro que no... Si no reconoces a tu propia esposa, cómo vas a recordar París. Jean Paul, estamos en París, en luna de miel. Estamos en casa de unos parientes míos... Y hemos tenido mala suerte...

—A mí me ha ocurrido algo, ¿verdad?

—Mucho me temo que sí... Tu memoria...

—¿Y no hay modo de que yo vuelva a... a reconocirme, a saber lo que...?

—Es que está ocurriendo algo grave en París, en toda Francia, Jean Paul. Es... hasta peligroso salir de casa... Hay barricadas en algunos lugares de París; la Policía lucha...

—¿Estamos en guerra? ¿Hay guerra?

—No, no. Es una situación política... Pero no puedo explicarte muy bien de qué se trata. Sólo estoy esperando que se normalice todo para llevarte a un buen doctor, Jean Paul. No..., no quiero perderte de un modo tan absurdo..., sólo porque no me recuerdas...

—Ni siquiera me recuerdo a mí mismo...

—Todo se solucionará, amor.

Entonces, la dama se sentó en uno de los brazos del sillón que ocupaba Jean Paul, y le rodeó el cuello con los brazos. Acercó su rostro al del hombre, y le besó en los labios, largamente, mientras que Jean Paul atenazaba su esbelta cintura con ambas manos, muy grandes, duras. Y el hombre, con cierta desesperación, correspondía

a la caricia.

—Nuestra luna de miel... —casi gimió la dama.

El hombre la soltó y se apretó las sienes.

Edith le observaba en silencio.

—Es la primera noticia que tengo de todo esto —gruñó Jean Paul—. Bien es verdad que no sé absolutamente nada de nada, excepto que, al parecer, tú y yo estamos... casados, en luna de miel, en París, en casa de unos parientes tuyos, y que París atraviesa una situación difícil. Para empezar, ya es algo. ¿Por qué no me has hablado antes de todo esto?

—Por favor, Jean Paul...

—¿Por qué?

—Estabas..., estabas muy deprimido... Parece que vas mejorando un poco...

—Ya... Pues no siento el menor dolor, ni la más leve molestia.

—Sin embargo, has olvidado lo más importante de tu vida...

—Lo he olvidado todo —puntualizó Jean Paul.

—Debe ser amnesia...

—¿Amnesia?

—Pérdida de la memoria. Espero que dentro de poco podamos ir a visitar a un médico... No creo que sea nada grave.

—¿Nada grave este insuperable vacío?

—Es normal en la amnesia...

—Comprendo.

Ella le volvió a besar, estrechándose mucho contra él. Le miró a los ojos luego, y musitó:

—¿Ni siquiera mis besos te hacen recordar...?

—¿Tus besos? El anterior a éste son los únicos que recuerdo. Y... lo lamento, pero..., ¿cómo te llamas?

—Edith —casi gimió ella.

—¿Y me amas mucho?

—Con toda mi alma, Jean Paul.

—Entonces, podrás hacer algo por mí..., por los dos, ¿eh?

—Si pudiera...

—Ve a buscar a un médico. No sé lo que ocurre en París, debe ser grave si tú lo dices, pero he visto circular coches. El tuyo también puede circular. Y si nosotros no tenemos coche, pues el de alguno de tus parientes. Ve a buscar a un médico. Edith..., esto no

puede continuar. Tú dices que eres mi mujer, me amas, me besas..., y yo... supongo que debo amarte, para llegar al extremo de contraer matrimonio... Es demasiado cruel no recordar siquiera nada de nuestro amor...

Edith se irguió.

Fue unos instantes hacia la ventana, con vistas al Bois de Boulogne. El hombre observaba la esbelta silueta, la hermosa figura de Edith, su amor... ¿Su amor? Ella se volvió, y dijo:

—Me arriesgaré, Jean Paul. Yo... lo hubiese hecho antes, pero mis parientes tienen miedo; me han disuadido. Pero no soporto más esta situación. Iré en busca de un doctor.

Jean Paul asintió con la cabeza.

—Hazlo ahora mismo, Edith —musitó.

—Sí... Sí, sí...

Edith volvió hacia él, y le besó nuevamente; le miraba intensamente a los ojos; le besó de nuevo, y salió en silencio, mordiéndose los labios.

Jean Paul quedó sentado en el sillón, ya sin deseos de oír música. Por lo visto, según Edith, él olvidaba repentinamente lo que había ocurrido tan sólo unas horas antes. No recordaba una conversación con Edith, ni siquiera parecida a aquélla; ni los besos... Nada. Lo olvidaba todo inmediatamente.

Se puso en pie, y paseó de nuevo.

Fue acercándose a la puerta. Ni siquiera recordaba haber intentado salir de aquel cuarto...

Tal vez en el exterior se sintiera mejor. Y trató de abrir.

Frunció el ceño, al observar que era inútil. Forcejeó obstinadamente, pero sin resultado. Tenía que llegar, forzosamente, a la conclusión de que desde fuera cerraban la puerta con llave. Pero..., ¿por qué? ¡¿Por qué?! ¿Estaba loco y le consideraban peligroso?

Sintió unos enormes deseos de arremeter contra la puerta y destruirla, pero se calmó. No. Cuidado. Su actitud, su violencia, podían ser consideradas como una muestra más de locura, y corría el riesgo de agravar su mal con la desconfianza de su mujer, sus parientes, cualquier médico que fuese a visitarle...

Lo que hizo, pues, fue sentarse de nuevo.

Se dispuso a escuchar música.

Cinco minutos después de haber oído la llegada de un coche a la torre donde se encontraba, Jean Paul vio abrirse la puerta del cuarto. Edith se hacía a un lado, dejando paso a un hombre alto y delgado, de rostro chupado, pálido, de cabellos y perilla canosos, con un maletín, y aire de intelectual, con sus ojos fatigados, tras los cristales de unas gafas algo anacrónicas.

—Es el doctor Bassand, querido —dijo Edith.

Jean Paul estaba en pie, mirando al doctor. Un siquiatra, seguramente... Claro que lo era...

—¿Cómo se encuentra, señor Doumer? —inquirió el siquiatra.

Jean Paul miró a Edith, al doctor, y musitó:

—¿Yo soy Doumer?

Jean Paul observó la mirada de inquietud de Edith al doctor Bassand, quien trató de tranquilizarla, tan sólo, a su vez, con la mirada.

—Síntese, señor Doumer —dijo el doctor—. Por supuesto, no puedo utilizar aquí los mismos medios de que dispongo en mi consultorio, pero digamos que esto será sólo un examen... de posibilidades en cuanto a su recuperación. Por lo pronto, es muy importante que no se inquiete por su amnesia. Interesa que ayude a la ciencia con una relajación síquica. ¿Me comprende?

Por la expresión de Jean Paul, lo mismo el doctor Bassand que Edith se dieron cuenta de que no estaba muy seguro de entender. Jean Paul se limitó a permanecer silencioso, mirando al doctor Bassand.

—Supongo que será inútil —murmuró el doctor—, pero sería interesante saber si usted recuerda algún golpe, algún fuerte «schock» emocional..., aunque haga mucho tiempo de ello; años, incluso.

Jean Paul consiguió una sonrisa.

—Lo siento —dijo—. La verdad es que no recuerdo ni lo ocurrido ayer. No tengo noción del tiempo, de la vida... Si me expreso y entiendo, supongo que será porque no es posible olvidar el idioma; lo otro, es por simple instinto. Por supuesto, no estoy loco.

—Una amnesia no significa locura, señor Doumer —dijo suavemente el siquiatra.

—¿No? Pues hay quien no parece opinar como usted, doctor.

Y Jean Paul miraba a Edith en aquellos momentos.

—No entiendo —dijo el siquiatra.

—Es simple: ¿cree que me sentaría mal pasear por el jardín?

—No. Decididamente, no. Hasta es posible que fuera un sedante que nos ayudara. ¿No pasea, señor Doumer?

—Hasta ahora, no he aprendido a abrir puertas que están cerradas con llaves por fuera, doctor.

El siquiatra miró a Edith.

—Es un error, señora Doumer —dijo secamente—. Eso, sin duda, ofusca aún más a su esposo. Yo..., en estos momentos, ni puedo emitir un diagnóstico, ni me atrevo a poner en marcha una terapéutica adecuada. No obstante, la ruego que deje esa puerta abierta, y permita a su esposo pasear. Yo... regresaré mañana. Tal vez el aire libre, el sentimiento de libertad, beneficien a su esposo, y podamos..., aunque lentamente, llegar a alguna conclusión.

—Yo... lo lamento... —musitó Edith—. Pero a mis parientes no les parecía bien que Jean Paul... Es decir, temían que le pudiera ocurrir algo si salía del cuarto...

—Me permito insistir: es precisamente todo lo contrario, señora Doumer. Ésta... especie de claustrofobia ha de perjudicar, sin duda, al paciente. Hay que dejarle completamente libre; que pasee, que se interese por cosas, que sienta curiosidad... Existe algo en su mente que está a oscuras, y una cosa es cierta: encerrado aquí no le ayudamos en nada a recuperar su claridad mental.

—Oh..., Jean Paul...

—No te preocupes, Edith. Supongo que creías obrar prudentemente —dijo Jean Paul.

—Es la única verdad... Sentía mucho miedo de que pudieras salir de aquí, marcharte..., encontrarte en esas horribles barricadas de los boulevares... Temía lo peor...

El doctor Bassand asintió con la cabeza.

—Sus temores están justificados, señora Doumer —dijo—. Sin embargo, debe abrir esa puerta.

—Lo que usted diga, doctor.

—Bien..., hasta mañana. Tranquilícese, señor Doumer. Pasee por el jardín, interésese por las cosas, pero no haga esfuerzos... Su memoria volverá paulatinamente, estoy seguro.

—Gracias, doctor. Me siento muy esperanzado ahora.

—Buenos días, señor Doumer.

Y el doctor fue hacia la puerta, acompañado por Edith.

Una vez en el pasillo, Edith miró, interrogativa, al siquiatra. El hombre hizo un gesto con el mentón, y Edith, con cuidado, cerró la puerta. Luego hizo girar la llave.

—¿Cómo va todo, Kirstein? —inquirió.

—Perfecto.

—¿Perfecto? ¿Y todo eso de que pasee libremente y...?

—No seas necia. He dicho que cierres, ¿no?

—Se habrá dado cuenta.

—¿Y qué? Dentro de unas horas no recordará absolutamente nada. Repito: ha salido perfecto.

—Concretemos, entonces: ¿no debe salir al jardín?

—A ningún sitio, Hayka. Ahí quieto. Por supuesto, aunque consiguiera salir de aquí, se encontraría completamente perdido en un París altamente peligroso en estos momentos. Pero si podemos evitarlo, tanto mejor.

—Ya... ¿Has concluido con él entonces?

—Yo diría que sí...

—¿No finge?

Flau Kirstein pareció ofendido, molesto.

—De ninguna manera, Hayka —dijo secamente—. Su memoria es un verdadero pozo negro. Vayamos con los demás ahora.

Se alejaron de aquel cuarto, y descendieron al vestíbulo de la torre. En una estancia había tres hombres, con planos sobre la mesa, muy absortos en su trabajo, fumando. Alzaron la vista al oír llegar a Kirstein y a Hayka Maglos. Los tres tipos eran gente madura, pero había fortaleza física y mental en ellos, en su aspecto. El más viejo, quizás con cuarenta años, se quitó las gafas con que trabajaba y miró a Hayka y a Kirstein.

—¿Qué? —inquirió.

—Todo marcha perfectamente —dijo Kirstein.

—Es sorprendente...

—De ninguna manera, Avissar. Digamos que son años de trabajo.

—Bueno...

—No perdamos tiempo. Y aunque le tenemos en total confusión, no conviene abusar. Sin duda oyó llegar el coche en el que paseó

Zorga. Tú mismo, Zorga, toma el coche y vete a dar una vuelta, de modo que oiga que me marchó. Yo voy al laboratorio. Ven conmigo, Hayka. Avissar y Gabanyi que sigan trabajando con planos y rutas. Hemos de estar perfectamente preparados para el momento de entrar en acción. ¿De acuerdo?

Forzosamente. Allí mandaba Flau Kirstein.

Zorga se fue a por el coche, Avissar y Gabanyi siguieron trabajando, y Hayka y Kirstein se dirigieron hacia el laboratorio instalado en aquella discreta y tranquila torre situada en el Bois de Boulogne.

Poco después se oía el zumbido del motor del coche.

II

HABÍA anochecido ya. Jean Paul Doumer tenía el rostro pegado a los cristales del ventanal. Ni siquiera había encendido la luz. ¿Para qué? Ni siquiera la luz despejaba las telarañas de su cerebro. Tampoco se volvió cuando oyó abrirse la puerta. Oyó pasos que se acercaban, y una voz:

—¿No tienes apetito, querido?

Se volvió entonces.

Allí estaba la dama. Llevaba una bandeja, con dos cubiertos. La dejó sobre una mesita, encendió la luz, y se sentó, en espera de que el hombre la imitara. Jean Paul, despacio, fue hacia la mesita, y se sentó frente a la mujer. La miraba de un modo extraño, como si quisiera reconocerla, y, sin embargo, no debía haberla visto nunca... Algo recordaba vagamente..., un sueño, quizás.

—Querido..., el doctor dijo que pronto estarás bien —dijo ella.

—¿El doctor?

—Te vio esta mañana. Por favor, Jean Paul..., me alarmas... ¿De veras no lo recuerdas? ¿No recuerdas que soy Edith, tu esposa, y que un siquiatra, el doctor Bassand, ha estado a verte esta mañana?

—No recuerdo nada, lo lamento.

—Oh... —se mordió los labios—. ¿Tienes apetito?

—No.

—Pero..., has de comer algo.

—No siento el menor deseo de comer.

—Haz un esfuerzo, te lo ruego...

—Como quieras.

Comieron, en silencio. Jean Paul ni miraba lo que comía, ni siquiera a Edith. Parecía sumido en su particularísimo pozo, donde nada tenía sentido. Sólo miró a Edith cuando ella dijo:

—Voy a retirar todo esto, y subo de nuevo, Jean Paul. Es hora de dormir.

—Tampoco tengo sueño.

—Pero es ya muy tarde... Mis parientes empiezan a cansarse de nosotros, y no podemos ir a ningún otro sitio, Jean Paul... Conviene comportarse con la mayor naturalidad. ¿Lo comprendes? Si nos echan de aquí, ¿a dónde vamos? París es un infierno, y más por las noches.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre en París?

—Te lo dije ya... Una situación política que...

—¿Amenaza de guerra?

—Bueno, no creo, pero... Como sea, Jean Paul, o seguimos aquí, o nos veremos expuestos a lo peor.

—Bien...

—No tardo, querido.

Le besó en los labios; acarició los cabellos castaños de aquel hombre, y le volvió a besar. Edith se apartó luego, cuando observó que algo instintivo parecía despertar en aquel hombre, y sus manos le apretaban con demasiada fuerza la cintura. Con la bandeja, se retiró, de espaldas, sin dejar de mirar a Jean Paul. Luego, Edith desapareció. Cuando estaba cerrando con llave, oyó un grito:

—¡Edith!

Abrió y penetró rápidamente en la estancia, un tanto perpleja, con cierta desconfianza, mirando a Jean Paul, que estaba en pie, a sólo dos pasos de la puerta.

—¿Te ocurre algo, querido? —inquirió.

—Esa puerta. Ibas a encerrarme... ¿Por qué?

—Es que..., si te ven mis parientes...

—Que me vean. Dame esa llave.

—Oh, no, Jean Paul, por favor...

—Trae acá esa llave. No quiero estar encerrado.

—El doctor, esta mañana, ha dicho que...

—¡No me importa lo que haya dicho! Ven aquí.

Edith, en aquellos momentos, se arrepintió de haber acudido a la llamada de aquel hombre. Llevaba la bandeja en una mano, tenía la llave en la diestra, y cuando quiso retroceder, Jean Paul saltaba hacia ella, atrapándola de un brazo, tirando de ella hacia el interior de la habitación. La bandeja cayó al suelo sobre la alfombra, por lo

que apenas produjo ruido. Y Edith quiso defenderse de Jean Paul, pero éste la inmovilizó con fuerza, tirándola sobre un sillón y saltando sobre ella.

Jean Paul la miraba con extraña fijeza; jadeaba levemente.

—Esa llave —pidió.

Edith, silenciosa, serena, le entregó la llave. Jean Paul la guardó en un bolsillo. Luego soltó a Edith, y echó a andar hacia la salida del cuarto, sin volverse, hasta que oyó la seca voz de la mujer:

—Jean Paul.

Giró entonces, mirando con cierta perplejidad la pistola que ella empuñaba; una miniatura de arma, pero sin duda peligrosa. La mano de Hayka Maglos era firme; su mirada oscura brillaba con dureza en aquellos momentos; cierto desorden en su lisa cabellera la hacía parecer más joven, pero tremendamente peligrosa.

—Devuélveme esa llave, Jean Paul —dijo Hayka Maglos.

—¿Esa arma...?

—Dispararía contra ti, incluso.

—¿Tan peligroso soy, tan peligrosamente loco, que mi propia esposa tiene un arma para defenderse de mí?

—Lo lamento, pero sí, así es, querido. La llave.

Jean Paul miró la llave.

¿Estaba loco, entonces? ¿Completamente loco?

Hizo saltar la llave en la palma de su mano, y luego la lanzó hacia Edith. Ella realizó un movimiento instintivo para tomarla, y Jean Paul, entonces, actuó de nuevo. Lo hizo de un modo extraño, que, sin duda, brotaba de un subconsciente adormilado. Pero su acción fue rápida, certera. Algo que, tal vez, ya había vivido anteriormente, aunque no tuviera la menor noción de ello.

Su primer golpe, duro, espectacular, fue dirigido al brazo de Hayka Maglos; el segundo, a la base del cuello. La vio caer de rodillas, sorprendido. Luego, el rostro hermoso, muy pálido en aquellos momentos, de la mujer, chocó contra la alfombra. La pistola estaba caída junto a ella.

Jean Paul la tomó y la guardó en un bolsillo del pantalón.

Luego miró hacia la puerta, solamente entornada. Asomó al pasillo y echó un vistazo, realizando un recuento de puertas; algo extraño, pero su mente, habituándose a aquella situación, buscaba el camino de vuelta a la normalidad; era una lucha desesperada

contra la anarquía absoluta de su cerebro.

Cerró la puerta, volviendo al interior del cuarto, y buscó un bolígrafo y un trozo de papel. Se sentó frente a la mesita en la que había tragado unos bocados, y se puso a escribir:

«Regresar al primer piso, tercera puerta de la derecha. Una mujer que se llama Edith, y es mi esposa, está en el cuarto correspondiente a dicha puerta. He tenido que golpearla para que me entregara la llave. Tengo su pistola en mi bolsillo izquierdo del pantalón».

Releyó el mensaje. Pensó que aquello ayudaría a su mente, que estaba trabajando en la oscuridad.

Cuando se estaba poniendo en pie, para salir del cuarto, vio que Hayka se movía, gemía. La miró unos instantes. Luego, frunciendo el ceño, fue hacia ella, la agarró por las axilas y la arrastró, hasta sentarla en el mismo lugar que él había ocupado para escribir la nota. Mientras Hayka se estaba recuperando, Jean Paul preparó nuevo papel y bolígrafo.

Hayka estaba lagrimeando a causa del golpe, y miró a Jean Paul, cuyo rostro era adusto, seco de expresión, en aquellos momentos. Jean Paul dijo:

—Escribe lo que te dicte: «Regresar al primer piso, tercera puerta a la derecha...». Espera. Trae ese papel.

Edith, que había obedecido silenciosa, sin la menor resistencia, miró, alarmada, a Jean Paul. Ella ignoraba cuál podía ser la reacción de aquel hombre. Jean Paul tomó el papel, y comparó lo escrito por Edith con lo escrito por él mismo instantes antes. Estaba muy desconcertado, a juzgar por su expresión.

—Es curioso... —musitó.

—No te comprendo, Jean Paul...

—¿No? Bueno, yo tampoco entiendo, ésa es la verdad. Tú y yo utilizamos distintas escrituras, y, sin embargo, entiendo ambas y decimos lo mismo.

—Pero, Jean Paul...

Él la miró a los ojos, muy fijamente. ¿Aquella mujer era su esposa? ¿Cuándo y cómo había entrado allí? No importaba; el papel decía «regresar al primer piso, tercera puerta...». Ello, pues, significaba que su intención había sido de salir. Y como Edith era, al

parecer, un estorbo, puesto que el papel Indicaba que la había golpeado, no había el menor inconveniente en golpearla de nuevo.

Jean Paul, pues, volvió a golpearla, en el mismo punto, en la base del cuello, dejándola sin conocimiento sentada en la silla, con la mejilla pegada en la mesa.

Guardó los dos papeles en el bolsillo y palpó la pistola.

Miró a Edith. Tardaría tan sólo unos minutos en recobrarse, y podía impedir su libertad por la torre... Súbitamente decidido, fue hacia el lecho, y utilizando las sábanas la inmovilizó fuertemente y amordazó. Era muy lamentable hacer aquello con la propia esposa...

Pero todo era tan monstruoso... Su mente se vaciaba de un modo total en poco tiempo, o ella mentía...

Salió del cuarto y cerró con la llave, que unió a las dos notas.

Resultaba extraño... ¿No había nadie en la torre? Lo primero que había hecho Jean Paul fue salir al jardín, donde disfrutó tranquilamente de un paseo por entre los árboles y los «parterres» con flores, si bien es cierto que nada estaba muy cuidado allí. Sencillamente, había flores porque la primavera es el tiempo de las flores, aunque Jean Paul no tuviera de ello la menor noción.

Miraba hacia la torre, desde distintos ángulos, y no había luz alguna visible, a excepción del ventanal del piso...

Tras un buen paseo, tranquilo, sin ideas, por el jardín, Jean Paul dudó entre salir a la calle o meterse de nuevo en la casa. No encontró razón que le decidiera por ninguna de las dos cosas, hasta que tropezó con los papeles que tenía en el bolsillo del pantalón. «Regresar al primer piso, tercera puerta...».

Oh, bien.

Se metió en la casa, pero antes de subir vagó un poco por el vestíbulo, y recorrió parte de la casa. Por lo visto, los parientes de su esposa, según la nota Edith era su esposa, no estaban. Había varias puertas en el corredor que comunicaba con el vestíbulo.

O quizá la gente dormía allí...

Fue escuchando detrás de las puertas, hasta que en una de ellas oyó voces. Quedó detenido, pegando el oído a la madera. Le parecía que hablaban dos personas; que no había más de dos personas allí; dos hombres. Y entendía algo de lo que hablaban...

—... La situación no puede ser favorable. Es evidente que el azar

ha sido nuestro mejor aliado en esta ocasión, Avissar.

—¿No lo hubiéramos conseguido, de todos modos?

—No digo que no, pero..., seguro que habríamos tropezado con muchas más dificultades. Tal como está planteada hoy la situación en París, nuestro trabajo es casi ridículo, a fuer de sencillo. Creo que vamos a lograr un éxito perfecto.

—Te veo muy optimista, Kirstein.

—Tengo motivos, poderosos motivos, Avissar.

—De todos modos, esperemos que regresen los otros.

—Sí, claro. Por supuesto, no pienso precipitarme.

—¿Y Hayka? —inquirió Avissar.

—Ella ya realiza su parte de trabajo.

—¿Qué haremos con el hombre del

F. B. I.?

—No me preocupa por ahora. En todo caso, quiero seguir experimentando.

—De acuerdo...

—Ve a tu gabinete; no es necesario perder la noche, Avissar.

—Si hay algo nuevo, me avisáis.

Jean Paul, entonces, muy confuso, retrocedió unos pasos, ocultándose. Se abrió la puerta correspondiente a la estancia, donde estuvo escuchando y vio salir a un hombre relativamente joven, moreno, con nariz ganchuda. El hombre caminaba, y luego le perdió de vista, en el vestíbulo.

Jean Paul realizaba desesperados esfuerzos por memorizar aquellos nombres oídos. Los escribiría tan pronto regresara al cuarto. Tenía que ir inmediatamente...

Iba a escapar de allí, cuando se abrió de nuevo la puerta, y apareció el hombre del cabello cano y la perilla, con sus gafas, a quien ni siquiera reconoció como al falso doctor Bassand. El hombre se alejaba de allí, tras dejar la puerta entornada, le cual indicaba, probablemente, que pensaba regresar.

No obstante, Jean Paul se decidió, y se metió en aquel recinto, descubriendo un extraño complejo de aparatos, no muy grandes. Sin la menor noción de lo que significaba aquello, estuvo observándolo todo. Tenía que tomar sus notas. Con bolígrafo, y utilizando los mismos papeles que tenía en el bolsillo, se puso a escribir rápidamente:

«Avissar, grueso y fuerte. Kirstein, perilla. Corredor vestíbulo, cuarta puerta, extrañas cosas. Hayka, nombre mencionado. Hablan de experimentación con un hombre del F. B. I.».

Lo guardó. Pensaba que aquella serie de elementos podían resultarle de alguna utilidad, para que se encendiera la luz en su cerebro. Luego estuvo observando el complejo electrónico, compuesto por tres aparatos, uno de ellos con una pequeña pantalla. Había una camilla, con hilos eléctricos adosados y un casco que, probablemente, sirviera para introducir en él la cabeza. Y había, aparte, unos tubos que se comunicaban entre sí y con el complejo, que nada le indicaban a Jean Paul.

Tras meditar unos instantes, extrajo el papel menos escrito, el utilizado por Edith, y trazó un dibujo de todo aquello, tomando nota de algunas indicaciones en los controles. Luego, lo guardó todo, leyendo que debía regresar al tercer cuarto del primer piso.

Salió de aquella sala y esperó, antes de caminar, a que el de la perilla regresara, con el fin de no cruzarse con él por el camino. El tal Flau Kirstein tardó cinco minutos en encerrarse de nuevo en el laboratorio, y Jean Paul, entonces, subió a su cuarto. Abrió la puerta y cerró por dentro luego, guardando la llave.

Miró a Hayka Maglos, que estaba despierta, atada y amordazada, clavadas sus pupilas en las de Jean Paul, con extraña expresión.

Jean Paul se sentó frente a ella, separados ambos por la mesita, y decidió poner en limpio todo aquello.

Tomó una hoja de papel, reprodujo el dibujo, sin prisas, procurando la máxima fidelidad. Luego, miró a Edith.

—¿Tus parientes se llaman Avissar, Kirstein, Hayka? —inquirió de pronto.

Ella hizo un gesto expresivo, y Jean Paul la libró de la mordaza.

—Responde ahora —dijo.

—Sí... Ellos son... —musitó Hayka.

—Muy bien. ¿Qué significa eso de que están experimentando con un hombre del F. B. I.?

¿Qué quiere decir

F. B. I.,

y dónde está ese hombre?

—Oh, Jean Paul..., son cosas de ellos... ¿Cómo quieres que sepa nada de eso?

—¿Has visto esto alguna vez? —Le mostró el dibujo.

—No...

—¿No has estado en ese cuarto?

—No, Jean Paul... Yo voy de la cocina a la sala de estar, aquí, y viceversa... No entiendo nada.

Jean Paul se pasó la mano por la frente. Tenía que leer continuamente las notas para mantener su cerebro concentrado en todo aquello. Es como si las letras, las palabras, los recuerdos, se diluyeran, sin dejar rastro... Como si en su cerebro, las células se convirtieran en materia gaseosa, inaprehensible.

—Esto es una máquina... —musitó—. Experimentar...

—Desátame, Jean Paul, te lo suplico. Y deja de torturarte. Mañana regresará de nuevo el doctor Bassand, y no conviene que te halles excitado. Mejor dicho, afirmó que no debías excitarte, sino relajarte. Trae todo eso y olvídalos. Si mis parientes se enteran de que has estado curioseando, se pondrán furiosos.

Jean Paul, siempre adusto el rostro, con un brillo extraño en sus ojos pardos, lo que hizo, silencioso, fue guardar todos los papeles donde había hecho sus anotaciones recordatorias. Tendría que examinarlos luego muy a fondo, puesto que dentro de poco lo habría olvidado todo por completo... Aquellos papeles, su conservación, eran imprescindibles.

—Voy a soltarte ahora, Edith —dijo.

—Por fin... Oh, querido..., es tan terrible todo...

—¿A qué hora se va a dormir el de la perilla?

—No sé...

—Voy a soltarte, pero esperaremos aquí.

—¿Esperar? ¿Qué hemos de esperar?

—Que duerma todo el mundo.

—Pero, Jean Paul...

—¿No eres mi esposa?

—Sí...

—¿Entonces?

—Pero...

—Voy a soltarte. Luego, apagaré la luz... Y si me duermo..., luego no recordaré lo que me proponía hacer... El despertador. Voy a ponerlo en marcha, y dejaré una nota escrita... El zumbido es suave, y no creo molestar a nadie cuando suene. Entonces, tú y yo daremos un paseo. Ahora, Edith, dormiremos unas horas...

Hayka Maglos se sintió, de súbito, aterrada ante la mirada del hombre. Era un puro instinto, un deseo que afloraba con absoluta claridad. Gritaría, tenía que... Iba a hacerlo, pero la mordaza la ahogó de nuevo, dejándola totalmente en manos de aquel hombre.

Le vio moverse, escribir, poner el despertador, apagar la luz...

III

PARA Hayka Maglos aquello fue una terrible pesadilla. Y lo peor es que abajo, a sólo unas yardas, estaban todos sus compañeros, pero sin preocuparse por ella lo más mínimo, dado que cada uno de ellos tenía su propio cometido. A ella le había tocado la peor parte.

Hayka Maglos tuvo que desnudarse y meterse en la cama. No era la primera vez que un hombre la contemplaba en tales circunstancias, pero..., sí, era distinta a todas, puesto que nadie la había mirado nunca con aquella extraña ausencia. Jean Paul no estaba allí... ¡Cualquiera sabía por qué lugares sombríos erraba su mente, mientras ella se mostraba!

Luego, Hayka Maglos temió lo peor. Pero no. No. Jean Paul parecía estar muy preocupado por otras cosas. Hasta el punto de que transcurrió mucho rato, mucho, quizá horas, sin que la hablara, sin que dijera nada. Y ella tenía la esperanza de que se hubiese dormido. Le miraba en la oscuridad, y transcurrido tanto rato que el reloj señalaba las tres y cuarenta de la madrugada, Hayka pensó que se había dormido. El pobre enloquecido se había dormido...

Sintió un infinito alivio.

Y quiso salir del lecho, sin ruido. Quitaría el despertador, le robaría a Jean Paul todos los papeles escritos, y a la mañana siguiente habría olvidado todo aquello, con la consiguiente ventaja para todos, y para ella, muy especialmente, puesto que por el grupo habría sido considerado un fracaso de ella la actuación de Jean Paul.

Eso es: saltaría de la cama, sin ruido, y...

Echó las sábanas hacia atrás. Y fue cuando una mano le agarraba los cabellos, y la punta de la propia pistola de Hayka le aplastaba

un seno, con fuerza, dañándola.

—Quieta... ¿Qué haces en mi lecho? ¿Quién eres?

—Yo...

—¡Vamos! —ordenó, secamente, con voz contenida, Jean Paul.

—La pistola... Me haces daño...

Jean Paul pestañeó. Una pistola... ¿De dónde la había sacado? ¿Qué hacía allí, con una pistola en la mano, amenazando a aquella mujer? Dejó de presionar con el arma, pero no de amenazar a Hayka Maglos, la cual se puso en pie y se puso el jersey y el pantalón en un instante, sin que Jean Paul se opusiera a ello.

El propio Jean Paul saltó de la cama, y sólo tuvo que ponerse la camisa. Ambos, descalzos, se miraban. La luz que se filtraba por la ventana hacía destellar con cierto brillo siniestro los ojos de Jean Paul. Mostraba su semblante hosco, anguloso, duro.

Ella no se movía.

—Enciende esa luz.

La orden de Jean Paul fue prestamente obedecida por Hayka. La luz a aquellas horas, en el supuesto de que alguien estuviera despierto, llamaría la atención.

De todos modos, era poco probable, porque el despertador estaba muy cerca de las cuatro; una hora ciertamente intempestiva. Por otra parte, la luz era la de la lamparita de la mesa de noche, y no resultaba muy intensa.

Jean Paul, con sus ojos vacíos, desconcertados, miró en torno.

Su mirada se clavó en el reloj y en los papeles que había debajo.

Quitó el despertador, tomó los papeles y fue leyendo todo aquello que, en principio, no tenía el menor sentido. Los relejó varias veces, sin dejar de observar a la quieta Hayka. Y el sonido del despertador, a las cuatro en punto, sobresaltó a Jean Paul, quien se apresuró a silenciarlo.

—Siéntate —dijo, mirando a Hayka.

Ella obedeció. Aprovechó para calzarse.

Jean Paul fue reestructurando todos los papeles, sus movimientos. Y, en definitiva, lo que quería hacer, según las notas, era bajar al lugar donde el hombre de la perilla, Kirstein, trabajaba. Y quería bajar con Edith, con su esposa, lo cual explicaba que hubiesen estado juntos allí, pero no lo de la pistola...

Sobre eso no había nota alguna. Pero puesto que la tenía, debía

ser por algún motivo.

Tras releer nuevamente todas sus notas, se calzó y dijo:

—Vamos a pasear por abajo, Edith.

—Estás loco, Jean Paul... Se alarmarán si...

—Lo cierto es que dudo mucho de mi equilibrio mental. Pero tal vez pueda hacer algo por recuperarlo. Y tú eres mi esposa, ¿no? Eso dicen mis notas, al menos. Empieza a andar. No te permitiré que hagas ruidos. ¿Comprendido?

—Bien... Jean Paul, ¿por qué no descansas? Mañana, es decir, dentro de unas horas tan sólo, el doctor...

—Obedece —atajó, secamente, Jean Paul.

—Como quieras...

Hayka Maglos caminó hacia la puerta y abrió. Calculaba sus probabilidades de huir por el corredor y gritar, avisando a los otros. Pero ni siquiera había asomado al pasillo, cuando Jean Paul, siempre tenso, con el rostro brillante en aquellos momentos, como una estatua de bronce húmedo, ya estaba junto a ella, cerrando sus dedos largos y fuertes en torno a uno de sus brazos.

El papel decía cuarta puerta del corredor que comunicaba con el vestíbulo. Por tanto, abajo.

La empujó significativamente.

Descendieron, sin ruido.

Ya en el vestíbulo, Hayka quiso tranquilizarse.

Después de todo, no había el menor peligro. Aquel pobre diablo no sabría qué hacer. Nada podía hacer, tampoco... Lo único, conducirla directamente hacia la puerta cuarta del pasillo que comunicaba con el vestíbulo.

—¿Dónde duermen los otros? —musitó Jean Paul.

—Dos arriba, y Kirstein al otro lado.

—Está bien. Veamos, trata de abrir esa puerta.

—Pero... no tenemos derecho a...

—Pues es curioso: me siento con derecho a todo. Quiero encontrarme, querida esposa, y... pienso que puedo estar ahí... —sonrió de un modo extraño, sombrío, Jean Paul.

Ella empujó la puerta, y musitó:

—Está cerrada con llave.

—Prueba con ésta —le tendió la de su propio cuarto.

—Pero... no es posible que...

—Prueba.

El loco tuvo razón. En aquella torre vieja, como suele suceder, todas las llaves servían para todas las habitaciones. Hayka consiguió abrir la puerta.

La empujó luego, produciendo un leve chirrido, que tensó a Jean Paul. Tras unos segundos de espera, en absoluto silencio, Jean Paul empujó a Hayka hacia el interior de aquel cuarto. Luego, penetró él, cerró y encendió la luz.

Aquéllas eran las máquinas que había visto poco antes en el diseño confeccionado por él mismo.

—Acércate a ese complejo, Edith —dijo.

Hayka obedeció.

—¿Qué puedes decirme de todo eso? —inquirió Jean Paul.

—No entiendo nada... ¿Cómo quieres que sepa de qué se trata?

—Ahí lo pone... Aunque, por cierto, ni en tu lenguaje, con el que escribiste la nota, ni en el mío... Pero lo curioso es que lo entiendo. Hay indicadores. Y lo entiendo... Parece ser que esta máquina emite ondas eléctricas ultracortas. No tengo la más remota idea de lo que es eso..., no sé lo que significa. Y ahí, en esa pantalla, debe salir algo cuando esto funciona. Y en ese cuadro explica la posición correcta de los electrodos, y el dibujo esquematiza al paciente sobre la camilla, Ya te estás metiendo encima de la camilla.

Hayka palideció intensamente.

Retrocedió un paso.

—No lo haré, Jean Paul...

M-me...

me da miedo... Mucho miedo...

Jean Paul, ojos vacíos, boca apretada, un extraño ser en aquellos momentos, se acercó a Hayka.

—Tienes que ayudarme, Edith —musitó.

—Pero no así, Jean Paul... Por favor, me aterras...

El hombre avanzó hacia ella.

Edith, por fin, se encontró con la espalda pegada a la pared, sin posibilidad de escabullirse, puesto que Jean Paul parecía abarcarlo todo en aquellos momentos con su envergadura, con su potencia física sin la menor merma, con un cerebro obsesionado y constreñido a un par de cosas que podía recordar continuamente

porque las tenía anotadas.

—Obedece, Edith —musitó Jean Paul.

—No... No, no... Voy a...

Quiso saltar a un lado, pero tropezó con un bofetón tremendo, que la dejó de rodillas en el suelo, llenos los ojos de lágrimas. Fue entonces cuando comprendió mejor que nunca el peligro real que aquello entrañaba... Se trataba de arrebatarle la pistola a Jean Paul y matarle... Reventarle la cabeza a balazos..., destruir aquella cabeza inútil... Se abalanzó hacia la diestra de Jean Paul, aferrándola, pero con aterrado asombro se encontró volando, yendo de cabeza contra la pared. Pudo amortiguar el golpe y cayó de costado. Estaba cerca de la puerta... Se puso en pie, y quiso correr. Una zancadilla la dejó el rostro contra el suelo, y los pies de Jean Paul junto a su cabeza.

—Obedece... —musitó Jean Paul—. Ayúdame...

—Esto no es posible... Tienes que dejarme salir. Voy a morir de miedo...

El bello rostro de la griega Hayka Maglos estaba desfigurado, lívido hasta competir con la muerte; su boca temblaba. El hombre seguía pareciendo una estatua de bronce brillante y húmedo; no había humanidad en sus ojos. En nada de él. Una pistola, unos ojos fríos, sin consciencia, en cerebro en el que latían dos ideas...

Hayka estuvo a punto de gritar. Jean Paul le evitó utilizando un sencillo procedimiento. Con la pistola le golpeó detrás de la oreja izquierda.

Observó unos instantes a la desvanecida Hayka Maglos.

Era hermosa...

Jean Paul pestañeó. ¿Hermosa? ¿Qué significaba hermosa?

Miró hacia la puerta. Luego, pensó que debía escribir todo aquello. Se sentó en un escabel metálico y con el bolígrafo escribió rápidamente las últimas escenas. Guardó el papel y el bolígrafo, y sin más vacilaciones tomó a Hayka y la depositó sobre la camilla. Liberó los hilos con los electrodos terminales y echó un vistazo al esquema.

Había que introducir la cabeza en el casco metálico. Unos electrodos se acoplaban al casco, y otros a los tobillos. Además, había una conexión con los tubos. Jean Paul trabajaba con firmeza, con rapidez, pero parecía no tener cabida en él nerviosismo alguno.

Cuando concluyó el trabajo, reflexionó unos instantes.

Allí estaban los botones a pulsar, y algo aparecería en la pantalla... Leyó el tiempo de tratamiento: minuto y medio. Había que controlarlo... Ella llevaba un relojito. Se lo quitó y lo dejó sobre los aparatos.

Con sus ojos vacíos y brillantes, Jean Paul pulsó los mandos de funcionamiento.

Al instante, se inició un debilísimo zumbido, mientras que Edith, sometida a los electrodos, se estremecía levemente, pero de un modo regular, mientras que en la pantalla iban apareciendo rayas, sólo rayas, que Jean Paul no entendía. Sin embargo, sin nervios, las dibujó. Transcurrido el minuto y medio, desconectó el aparato y liberó a la mujer de los electrodos y del casco, dejándola en la camilla hasta que se recuperase.

Jean Paul la miraba tan fijamente que tal vez eso despertó a Hayka Maglos.

Los ojos intensamente negros de la mujer expresaban sólo desconcierto. Miraban a Jean Paul con leve perplejidad.

—¿Quién es usted? —musitó—. ¿Qué hago aquí?

—Eres Edith, mi esposa...

—Oiga..., ¿qué dice?

—¿No me reconoces?

—Oh, no... Pero... ¿cómo y cuándo he llegado aquí? Y..., y..., ¡¿qué me ocurre?! ¿Quién soy...? ¿Y usted?

Jean Paul pareció olvidarla completamente. De modo febril, se puso a escribir:

«Sometida a la influencia de la máquina, Edith ha perdido la memoria. Posiblemente, casi seguro, yo mismo he sido una víctima de esa máquina. Oí que experimentaban con un hombre del

F. B. I.

Yo puedo ser ese hombre. Pero... ¿qué significa

F. B. I.?

¿Puedo ser realmente un hombre del

F. B. I.?

Los parientes de mi esposa Edith son los causantes de mi amnesia. Yo, el causante de la de mi propia esposa.

Pero ya sé cómo ha ocurrido».

Guardó el papel.

Hayka había saltado de la camilla y miraba a Jean Paul, con fijeza, con desconcierto.

—Vamos, Edith —dijo Jean Paul.

—¿Adónde?

—Tú me quisiste sacar de aquí... ¿Por qué? Esa máquina me ha destruido... Y ahora, a ti. Pero tenemos que salir de aquí.

—¿Adónde?

—No seas monótona. Vamos. Bien..., tantas notas, y ni siquiera recuerdo dónde estamos. Tal vez pueda solucionar ese extremo. Sígueme. Dame la mano.

Ella le tendió la mano.

—No sé quién eres —musitó—. Pero... me siento tan vacía... ¿De dónde he salido yo? ¿Cómo has dicho que me llamo?

—Edith.

—¿Qué más?

—¡Yo qué sé!

—Pero ¿no dices que soy tu esposa?

—Sí... Anda, vamos. No hagas ruido.

Jean Paul se daba cuenta, entonces, de que dominaba a Edith, y, por tanto, la situación en ciertos aspectos, ya que no cabía temer rebeldía alguna por parte de ella. Agarrando la mano de Hayka, Jean Paul cerró la luz y luego abrió la puerta, cuidadosamente, sin ruido. Tras unos instantes de espera, salieron de allí. Cerró la puerta con la llave de su cuarto y luego se deslizaron hacia el vestíbulo. La puerta que daba al exterior, al jardín y a la pista, estaba cerrada, pero no era obstáculo. No obstante, Jean Paul meditó. ¿Adónde ir? ¿Cómo?

Miró a Hayka, y le pareció todo muy extraño... Eran dos seres exóticos ambos... Hayka, por su parte, parecía estar perdiendo aún más la noción de su propia existencia. Nada anterior había en su mente; nada más sabía que estaba aferrada a un hombre, y ni siquiera recordaba ya que le había dicho ser su marido...

—Ven.

La arrastró hacia una puerta. Entraron en una estancia-despacho. Sobre la mesa había muchos papeles, pero Jean Paul no se ocupó de ellos. Buscó la luz «flexo» y, tras un vistazo a los

papeles-planos, miró en torno a la mesa. El teléfono... Tomó el papel y bolígrafo, y lo anotó. Luego, buscó algo más: allí estaba. Las guías telefónicas correspondían a París. Así, pues, estaba en París. Ignoraba el punto, pero tenía el número de teléfono. Todo bien anotado.

Buscó por los cajones, hasta encontrar dinero, billetes y monedas.

No había gran cosa, pero, a puñados, lo metió todo en un bolsillo. Podía servirle de algo.

—¿Qué estamos haciendo? —musitó, con voz un poco aflautada, Hayka.

—No sé... Vamos a salir de aquí. Eso, de momento.

—Bueno.

—No hagas ruido.

Salieron de aquel despacho, y poco después estaban en el exterior, en el silencioso y sombrío jardín, puesto que las luces de la pista quedaban algo alejadas, y no las había en aquel tramo. Había una puerta de hierro y una verja. La puerta estaba cerrada, y la llave no servía. Por la verja, entonces.

Jean Paul ayudó a Hayka, y luego saltó él mismo.

¿Y bien?

Ya estaban fuera de aquel lugar, de aquella máquina... Y con los papeles en el bolsillo. De lo contrario, jamás recordaría lo ocurrido aquella noche, en aquella torre.

—Tengo miedo...

Era la vocecilla de Hayka.

—Saldremos de aquí ahora mismo. Veo muchas luces. Parece que estamos en una gran ciudad... ¡París, lo recuerdo! Lo he visto en la guía y lo he anotado... Y..., es curioso..., estoy recordando algunas de las cosas que he hecho últimamente..., desde que desperté... Si recobrase la memoria.

—¿Has perdido la memoria, como yo?

Él la miró.

—Sí... —musitó—. Tenemos que buscar algún lugar donde ocultarnos. Han sido ellos quienes lo han hecho. Quieren hacernos más daño aún. Corramos.

La agarró de nuevo de la mano, y echaron a correr.

En aquel instante, un chorro de luz aparecía por una de las

ventanas de la torre. Y un grito:

—¡Hayka!

Jean Paul y Hayka se detuvieron unos instantes, detrás de unos setos. Se miraban, sin comprenderse muy bien. Seguía el tipo gritando, y luego se oyeron nuevos murmullos.

—Hayka... —musitó Jean Paul—. Hasta es posible que seas tú, y me hayas estado engañando...

—¿Yo?

—Sí...

—Pero..., ni siquiera sé tu nombre.

—Pues me bautizaste tú: Jean Paul.

—No, no... ¿Cómo es posible que yo te bautizara?

—Deja eso. Hay que correr.

Abandonaron el seto, y, sin acercarse a la pista, echaron a correr. Sólo unos instantes más tarde, a su derecha, y muy cerca de ellos, percibían el sonido del motor de un coche Jean Paul parecía entonces un hombre primitivo, aferrando a Hayka y corriendo por entre setos y jardines, con el rumor del coche desesperadamente pegado a su oído.

IV

HACÍA ya unos minutos que Jean Paul no percibía el sonido del motor del coche. No obstante, la desconfianza, el recelo, anidaba en su cerebro a oscuras. Hayka Maglos, siempre junto a él, silenciosa, no resultaba un estorbo, puesto que era ágil y no protestaba.

Mirando en torno, Jean Paul descubría las luces del Racine Club y Club de Canotage, ambos situados en las proximidades del Lac Inférieur, del Bois de Boulogne, percibía el brillo de la superficie del lago, del que les separaban apenas treinta yardas. Un lago totalmente solitario, en una de las tristes noches de París, en mayo de 1968.

Observando atentamente, Jean Paul descubrió cierto movimiento no lejos de allí.

Por unos instantes pensó en la pistola que tenía en el bolsillo. Pero no podía decidirse a utilizarla. Por el momento, sin ruidos, interesaba sentirse libre. Por ello, cuando vio a un hombre, seguramente uno de los que iban en el coche, Jean Paul comprendió que les estaban buscando por aquella zona, con ciertas probabilidades de éxito.

—Vamos al lago, Edith —musitó.

—¿Nos vamos a bañar ahí?

—Me gustaría, en otras circunstancias. En todo caso, si nos bañamos ahora no creo que resulte muy agradable.

Corrieron hacia el lago. Jean Paul bordeó la orilla, por entre unos juncos, chapoteando levemente. Había visto no lejos de allí una canoa, con el motor fuera borda. Había perdido la noción de su manejo, pero imaginaba que no sería difícil utilizarla.

—Cuidado... —musitó.

Tiró de Hayka hacia abajo, casi sumergiéndola totalmente en el agua, mientras él hacía lo propio, observando al hombre que buscaba por el jardín del lago, sólo a treinta yardas. Jean Paul, entonces, tras una espera prudente, se dirigió hacia la canoa, que se balanceaba suavemente. Estaba abandonada, claro... Quizás sin combustible...

Miró a Hayka, que tenía el negro y liso cabello completamente pegado al rostro.

—¿Sabes manejarla? —musitó.

—No... No sé qué es eso...

Jean Paul apretó los dientes. Ni siquiera tenía destellos de lo ocurrido antes de despertar aquella madrugada a las cuatro..., y algunas cosas ya empezaban a difuminarse en su mente... Siguió acercándose a la canoa, hasta tocar la quilla. Miró hacia la orilla; había un leve promontorio, con unos arbolitos de bella flor, que lanzaba su aroma en todas direcciones.

—Sube —dijo, mirando a Hayka.

Ella no vaciló; ayudada por Jean Paul se izó a bordó de la canoa, que apenas zozobró. Luego, Jean Paul la imitó. Ya a bordo, Jean Paul trató de descubrir algún peligro. No vio nada, pero el que no lo viera no significaba que no existía. Se dedicó a estudiar aquellos mandos de la canoa, de sencillísimo manejo. Pero, es claro, tenía que ponerla en marcha al primer intento, o se complicarían las cosas.

Miró a Hayka, y dijo:

—No te despegues del fondo.

Luego, Jean Paul puso en marcha la canoa, sintiendo un enorme alivio al observar que se ponía en marcha, y que podía aumentar fácilmente la velocidad. Apenas hubo enfilado hacia el centro del lago, de entre los arbolitos floridos salió un tipo, chillando desaforadamente, mientras su romántica pareja soltaba gruesos insultos. Ocurrió algo más, que acalló las voces de la inesperada pareja a la que había sido arrebatada la canoa: desde la orilla empezaron a sonar disparos.

Pero Jean Paul, ya dominando el manejo de la canoa, la puso a toda marcha, esquivando fácilmente las balas.

Ya en el centro del lago, casi llegando a las dos islas, Jean Paul observó el bulto que había junto a Hayka, donde ella apoyaba la

cabeza, mientras sus ojos, abiertos y vacíos miraban al cielo.

—Mira qué hay aquí, Edith —dijo Jean Paul.

—Ropas de mujer —dijo ella.

—Entonces, cámbiate. Estás empapada.

Edith no protestó.

Se puso las ropas secas; un minivestido de color claro, que le iba algo holgado, disimulando sus formas, pero no la mitad de los bonitos muslos. Jean Paul la miró de soslayo, sorprendido por los cambios continuos de aquella mujer. Luego puso su atención en busca de algún lugar donde tomar tierra, suponiendo que estaban muy lejos de sus perseguidores, quienes tendrían excesivas dificultades para localizarlos nuevamente.

Condujo hacia la orilla que, tras atravesar un trozo de jardín, comunicaba con la Avenida de St. Cloud. Allí dejó la canoa Jean Paul, bailando sobre el agua, y luego, con Hayka agarrada de la mano, corrió por la avenida, hasta la confluencia de una calle más estrecha, silenciosa, con escaso alumbrado; una calle muy corta: rue de Dufrenoy.

Jean Paul tenía el cabello pegado al cráneo, y seguía pareciendo una estatua de bronce húmedo. Ya caminaban ambos con normalidad por la estrecha acera de la calle. Hasta que el rótulo de un hotel llamó la atención de Jean Paul; era un hotelito de dos pisos, de aspecto modesto. «Habitaciones», indicaba. Era lo que estaban necesitando ambos.

Y ya cuando empezaba a clarear el día.

Desde allí, al atravesar una bocacalle, pudieron ver la punta de la torre Eiffel, a lo lejos.

Jean Paul introdujo a Hayka en el hotelito. Subieron unos peldaños de imitación de mármol, para colarse en un vestíbulo solitario, a excepción de un grueso francés, con un gran bigote canoso. El tipo les miró con evidente recelo.

—¿Qué desean? —inquirió.

—Un cuarto.

—¿Sus documentos?

Jean Paul se humedeció los labios.

—Hemos sufrido un accidente —dijo.

—Oh, comprendo... Mucha gente sufre accidentes estos días malditos... Lo siento, pero...

—Yo soy Jean Paul, y ella es mi esposa, Edith. Está embarazada, y me temo que...

—¡Oh, «mon Dieu»...! Sin embargo, usted no parece francés.

—¿No?

—Usted es americano.

—Americano...

—Oiga, ¿qué les ocurre?

—Ya se lo he dicho: un accidente. Mi esposa se encuentra mal.

—Se nota. Pero creo que lo mejor sería...

Jean Paul, con la mano en el bolsillo, estuvo a punto de sacar la pistola y clavarla en las narices del tipo, pero tanteó monedas y billetes húmedos, y optó por sacar un puñado de aquello, dejándolo sobre el tablero, dejando sin habla al hotelero. El tipo miraba con ojos redondeados aquel montón de dinero. Había por lo menos quinientos francos nuevos. Miró a la pareja, y pensó que valía la pena correr el riesgo. El americano era muy generoso...

—Está bien... —musitó—. Habitación veintiuno.

Le entregó una llave a Jean Paul.

—¿Permanecerán mucho tiempo en este hotel? —inquirió el tipo.

Jean Paul apretó los dientes. ¿Qué sabía él?

—No creo —dijo, sin embargo, para no tropezar con nuevas dificultades—. Vamos, querida.

Tomó a Hayka de un brazo, y ambos se dirigieron hacia las escaleras. Poco más tarde se encontraban en la habitación 21, con una ventana tan sólo, que daba al interior de la manzana. El día iba llegando por momentos, y Jean Paul corrió la cortina y encendió la luz. Miró a Hayka, que estaba quieta en mitad del cuarto, sin saber qué hacer.

—Acuéstate y descansa —dijo Jean Paul.

—¿Quién es usted...?

—Tu marido.

—No es posible...

—Obedece, Edith.

—Sí... ¿Me llamo Edith?

Jean Paul se acercó a ella y tomó el bello rostro de la griega con ambas manos.

—Siento haberlo hecho, Edith... —musitó—. No obstante, creo

que resultará útil para mi saber lo que hicieron conmigo. Si yo puedo curar, tú también. Tienes que obedecerme en todo. ¿Comprendido?

—No estoy enferma, me encuentro bien.

—Sí, ya sé... Sólo es el pozo de tu cerebro, ¿verdad?

—No sé... Sí, debe ser eso.

—Métete en cama.

La empujó hacia el lecho. Por el camino cayó el minivestido de Hayka, y luego se metió en la cama; parecía dormida con los ojos abiertos. Pero Jean Paul se dedicó a otras cosas; no podía perder tiempo mirándola. En primer lugar, tenía que extraer todas sus notas de los bolsillos; su mente iba perdiendo consistencia; todo empezaba a ser de nuevo una nebulosa. Los papeles, completamente mojados, los extendió sobre la mesita de noche; la tinta del bolígrafo estaba emborronando los escritos, pero Jean Paul tenía la esperanza de poder leer de nuevo, una vez secos, los papeles.

Una vez hubo terminado de desplegarlos cuidadosamente, observó que tenía muy fríos los pies.

Empapados, además.

Se quitó los zapatos, y quedó mirando, muy sorprendido, el hueco que acababa de dejar el tacón del zapato derecho, despegado quizá por la humedad o por alguna maniobra involuntaria de Jean Paul. Lo único cierto era que al tacón dejaba un hueco y allí había algo.

Había un papel doblado y un llavín plano, de reducido tamaño. Debía pertenecer a alguna moderna cerradura. El llavín llevaba colgando una inscripción: «Dauphine Club, 220». Y luego examinó el papel. Meneó la cabeza como si la tuviera envuelta en telarañas... No entendía absolutamente nada de aquello. Estaba en clave. Había una corta frase, pero en clave. No lo entendió, pero apretó con fuerza el llavín: «Club Dauphine»... Ya era algo.

Miró a Hayka, observando que había cerrado los ojos. Se había dormido en su inconsciencia.

Unos minutos más tarde, Jean Paul dormía también.

Mi siquiera sabía la hora que era. Hayka dormía aún. No parecía que el sol estuviera muy alto, en un belio día de primavera en París. En realidad, Jean Paul tenía una muy vaga noción de los últimos acontecimientos. Debió tomar notas antes de dejarse vencer por el

cansancio... No obstante, al examinar los papeles, su mente pudo anudar los acontecimientos, hasta cierto punto.

Había momentos en que sospechaba que tirándose de cabeza contra la pared podía conseguir devolver a su cerebro la potencia normal; la memoria... No obstante, sabía que todo era a causa de una máquina y unos electrodos, y debía conservar la calma. Allí, en la copia de las rayas aparecidas en la pantalla, debía estar escrito el trastorno que suponía la pérdida de la memoria...

Sólo podía ponerse la camisa sucia y el pantalón arrugado. Lo hizo rápidamente.

Luego, con todos sus papeles en el bolsillo y con el llavín en el que constaba la inscripción, se dispuso a abandonar el cuarto.

—¿Qué... qué hago aquí...? ¿Quién es usted...? ¿Qué ha hecho conmigo...?

Miró a Hayka.

Ella estaba incorporada a medias, cubriéndose el busto con las sábanas. Estaba muy juvenil, muy bonita.

—Voy a buscar algo para comer —dijo Jean Paul—. No tardo en regresar.

—Pero..., ¿quién es usted...? —Se pasó una mano por la frente—. Debería preguntar quién soy yo, en realidad...

—Edlth, mi esposa. No te muevas de aquí. Si tardo un poco en regresar, no te preocupes. ¿De acuerdo?

—Yo...

—Tienes que obedecer.

Hayka pareció encogerse un poco, como acobardada. Jean Paul pensó que aquello debía ocurrir con la gente cuya principal fuerza radicaba en el cerebro... Y Hayka obedeció, tratando de dormir de nuevo.

Jean Paul entonces cerró el cuarto por fuera y descendió al vestíbulo.

Allí estaba el hotelero, leyendo el maltratado «France-Soir». Era un número atrasado, naturalmente. Alzó sus ojos saltones hacia Jean Paul al oírle bajar.

—¿Y su esposa? —inquirió.

—Está en cama.

—¿Quiere que avise a un médico?

—Yo conozco uno; yo lo haré.

—Como quiera... ¿Desayuna?

—Luego.

—¿A dónde va? No se aleje mucho de aquí; es peligroso andar por el centro de París en estos días.

Jean Paul no respondió. Había visto ya lo que le interesaba: un teléfono, con las guías de París. Le interesaban mucho más las guías, ciertamente. Se sentó en un escabel y empezó a examinar las guías, hasta dar con el «Dauphine». Dicho club está situado en la plaza de

L'Alma,

junto al puente sobre el Sena, del mismo nombre que la plaza. Allí estaban las señas, sí...

Lo dejó todo, tras anotar las señas, y caminó hacia la salida del hotelito. Antes de salir, se volvió hacia el hotelero, y dijo:

—No molesten a mi esposa, por favor.

—Descuide. Allá usted.

Jean Paul salió a la calle. No podía confiar en medio de locomoción alguno en aquella ciudad paralizada, por lo cual decidió llegar hasta el Sena y bordearlo por los Quais, hasta llegar a Place de

L'Alma

y junto al puente.

Fue cuestión de media hora.

Vio la hora en un reloj: las ocho. Así que apenas había dormido dos horas...

Bordeó el Sena, con sus aguas tristes, como la mañana silenciosa. Algunos camiones del Ejército transportaban gente de un lado a otro. Muchos hombres y mujeres habían adoptado la bicicleta para sus desplazamientos. Era curioso... No recordaba absolutamente nada de París, de nada, en realidad, pero le pareció una ciudad grande, monstruosa, pero provinciana, con un agradable silencio..., que podía ser roto en cualquier momento por «cocktails Molotov».

Allí estaba la plaza de

L'Alma

y el «Dauphine Club». Era un club automovilista, al parecer. No obstante estaba solitario, con basura en la entrada, en las aceras, en los bordillos... No vio a nadie en la entrada, y vaciló antes de

introducirse en él. Tenía que buscar un armario, un casillero, algo, lo que fuese, numerado con la cifra 220.

Un poco sorprendido, siguiendo la dirección de una flecha, se metió en un sótano para peatones, que conducía a la orilla del Sena. Y allí estaban los mojones numerados. Buscó el 220, y vio una embarcación bastante grande, varada, solitaria al parecer.

El Sena estaba quieto, sin los «bateaux-mouche» con su alegre pasaje de turistas, ni los barcos de transporte. Había gente en los puentes, mirando hacia el río; gente que, tal vez, tuviera que correr dentro de unos segundos o minutos.

Jean Paul echó un vistazo al solitario muelle acotado del club y luego saltó al lanchón con cabina.

Fue hacia allí, empujó la puerta, y el cañón de una pistola se clavó en su pecho.

—Adentro —le ordenaron.

Penetró en la cabina, con unas cortinillas cubriendo los cristales.

Jean Paul, silencioso, observó a aquel hombre, viejo, barbudo, muy curtido el rostro, y de vivos ojos oscuros.

—¿Brennan? —inquirió el tipo.

Jean Paul sonrió levemente.

—Tal vez —dijo.

—¿Le gusta perder el tiempo?

Jean Paul tenía los ojos entornados. ¿Brennan? ¿Él?

—Tengo que darle la mala noticia, Brennan: han matado a Le Ray. Sin embargo, aún puede hacerse algo. Nicole le está esperando desde hace cuarenta y ocho horas. Vamos a casa de Nicole inmediatamente. Para no despertar la atención, ni que nos vean juntos, tengo preparado el medio menos sospechoso hoy, actualmente, en París: un par de bicicletas. Yo partiré en primer lugar, y usted se limita a seguirme. ¿De acuerdo?

—¿Tiene cigarrillos?

—Sí... ¿Qué le ocurre, Brennan?

—Nada. ¿Usted me ha visto antes...?

—Soy Gilles. Y no. No le había visto.

—¿Cómo sabe que soy Brennan?

—He visto una fotografía de usted.

—¿Quién tiene esa fotografía?

—La tenía Le Roy. Pero no tema: la quemó después de

mostrármela. Hoy hay que trabajar con grandes precauciones.

—Ya...

Jean Paul encendió el cigarrillo y echó un vistazo al muelle a través de los cristales, corriendo ligeramente una de las cortinillas.

—¿Dónde están las bicicletas? —inquirió.

—Mire a su izquierda. La suya está en el suelo, junto a un amarradero. De la mía no se preocupe. Yo iré allá en primer lugar, y, repito, usted sólo tiene que seguirme.

—De acuerdo.

—Entonces, vamos.

Jean Paul asintió con la cabeza. Arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisó.

¿Brennan?

Miró a Gilles, que estaba ya en cubierta, y luego saltaba al muelle. Le vio tomar una bicicleta, montar, y mirar hacia la cabina. Jean Paul se dispuso a seguirle inmediatamente. Cosa de un minuto más tarde, los dos hombres pedaleaban, confundiéndose con varias decenas de ciclistas cansinos, en dirección a Levallois.

V

TARDARON casi una hora en llegar a la plaza Voltaire, esquina a rue de Anatole France, en Lavalloise-Perret. La casa era un chalet de no muchas pretensiones, con un pequeño jardín bien cuidado. Parecía la vivienda de una familia parisiense burguesa, sin excesivas complicaciones.

Jean Paul había visto a Gilles detenerse en la puerta del chalet, y se introdujo en el recinto con la bicicleta. Le siguió, muy ocupado con extraños pensamientos. Tal vez algo de allí resultara revelador para su cerebro. No obstante, no tenía por qué confiar en todo lo que le dijeran. Sus recuerdos borrados súbitamente tenían que hacerle emplear el instinto con doble fuerza.

Y hablaban de matar... ¿Quién había sido Le Ray?

Ya estaba en el chalet. Le hicieron unas señas desde el garaje. Se introdujo en él, dejando la bicicleta. Luego siguió a Gilles por una puerta lateral. Instantes más tarde, Jean Paul se encontraba ante una estupenda rubia de ojos verdes, ligeramente velados; vestía jersey y pantalón negros, lo cual la hacía parecer más delgada. Sólo simple apariencia, puesto que si uno se detenía en las formas de la rubia descubría realidades espléndidas.

—Brennan... —musitó ella—. Temí que no volviésemos a vernos. A mi hermano le mataron poco después de separarse de usted... He llegado a pensar que a usted le ocurriría lo mismo... Me alegro de verle.

—Lo mismo digo —musitó Jean Paul.

Nicole y Gilles le miraron de un modo extraño.

—¿Quiere seguirme? —musitó Nicole.

—Desde luego.

Pasaron a una salita, donde estaban las comodidades del chalet.

Nicole se sentó en el brazo de un sillón, cruzando las piernas. Jean Paul, silencioso, extrajo sus papeles emborronados de bolsillo, y los extendió sobre una mesita de centro, alisándolos con la mano.

Miró rectamente a la asombrada Nicole, y dijo:

—¿Cuál es la lengua empleada por mí para escribir?

—Bien... No le entiendo, Brennan. El inglés..., americano.

—Entonces, me llamo Brennan, y soy americano. ¿No?

Nicole, alarmada, se puso en pie. Gilles había extraído su pistola. Jean Paul les miró a ambos, y rió secamente, con sarcasmo.

—Respóndame —dijo.

—Usted lo sabe muy bien, Brennan —dijo Nicole—. Y no entiendo...

—¿Puedo ser un hombre del

F. B. I.?

—«Es» un hombre del

F. B. I.,

Brennan.

—Ya... ¿Y eso qué significa? No moleste con la pistola, Gilles. Estoy haciendo preguntas.

Nicole y Gilles se miraron. Los ojos de Nicole trataron de profundizar en los de Brennan, de un pardo brillante, con una pizca de ansiedad.

—Significa que usted pertenece al organismo de seguridad de Estados Unidos, Brennan —musitó Nicole—. Y se encuentra en París en misión especial.

Brennan cerró los ojos... Aquel vacío... ¡Aquel vacío...!

—Del

F. B. I.,

de Estados Unidos, y estoy en París en misión especial. Diga, Nicole, ¿puede avisar a un doctor inmediatamente? Es preferible que se trate de un neurólogo. Quiero mostrarle algo; quiero una consulta exhaustiva con él. ¿Puede? ¿Y puede ser aquí mismo?

Nicole miró a Gilles, y musitó:

—Llama al doctor Faubourg, Gilles. Ve al despacho.

—Está bien, Nicole.

—Que venga inmediatamente.

Gilles salió de la salita, y Jean Paul cerró los ojos, recostándose en el respaldo de un sillón. Se estaba bien allí, probablemente entre

amigos. Le Ray..., muerto. Y una misión especial. Le agradó que Nicole no turbara aquel silencio, que le beneficiaba.

No recordaba muchas cosas sucedidas la noche anterior, pero tenía muchas notas. Podía reconstruir muchos sucesos y obtener buen número de datos.

Gilles tardó cosa de cinco minutos en regresar. Mirando a Jean Paul, dijo:

—Antes de quince minutos está aquí —anunció.

—Bien, gracias.

—Mientras, Brennan, creemos que debería aclarar un poco su actitud —dijo Gilles.

—No hay inconveniente en que estén presentes en mi entrevista con el doctor. Ahora, por favor, déjenme ordenar todos estos papeles. Y hay algo que quiero pedirles.

—¿De qué se trata, Brennan? —inquirió Nicole.

—Huí de un lugar del que sólo tengo anotado el número de teléfono, pero por si su posterior localización es útil, ese número será suficiente, espero. Sin embargo, lo importante ahora es que no huí solo: una mujer que dice llamarse Edith, y ser mi esposa, huyó conmigo. A ella la sometí a la fuerza de una máquina... Bien, no importa eso ahora. Si yo me llamo Brennan, soy americano, y agente del

F. B. I.,

ella miente. Y si estoy en misión especial, tanto mayor su mentira. Aquí está la llave del lugar donde se encuentra esa Edith. He colocado una nota, indicando las señas del hotel y demás datos. Ella me espera allí; me obedece. Tiene la mente más oscura que yo y está bajo mi dominio. Por consiguiente, creo que sería de interés que esa mujer fuese trasladada aquí. Si es posible, que la examine el doctor..., aunque, de todos modos, el médico, va tener de unas líneas que tengo dibujadas, podrá emitir, espero, algún diagnóstico... La llave con los datos.

Lo tendía a Gilles, quien miró a Nicole.

Nicole, nerviosa, se estrujó las manos.

Aquello la angustiaba.

—Ve a buscar a esa mujer, Gilles —musitó, no obstante.

—¿Hay peligro, Brennan? —inquirió Gilles.

—No lo sé. No creo.

—Bien...

—No pierdas tiempo —dijo Nicole—. Todo esto es muy extraño, pero interesa saber lo máximo posible sobre esa mujer.

—¿Estás segura de que debo irme, Nicole?

—Sí, sí... No cabe duda de que este hombre es Brennan, y algo grave está ocurriendo.

—De acuerdo.

Gilles desapareció, sin más. Nicole encendió un cigarrillo, y ofreció a Brennan, quien fumó, silencioso, observando el cuerpo de Nicole, que se sentía un poco incómoda, ante la fija mirada de aquel hombre.

—¿Cómo llegué a París? —inquirió, de pronto, Brennan.

—Puedo decirle cómo entró en Francia —murmuró Nicole—. Por el Canal. Desde Liverpool, Inglaterra.

—Ya... —sonrió forzosamente Brennan—. ¿Y... qué es lo que debo hacer aquí?

—Mataron a Naudon, que era el jefe de la red que formábamos él, mi hermano, Gilles y yo. Naudon observó algo extraño, y se puso en contacto con Washington. A usted le designaron para una misión de la que, lamentablemente yo, en estos momentos, apenas tengo idea. Usted fue recibido por mi hermano, y le buscó alojamiento en el hotel St. Honoré, De modo que allí deben haber denunciado ya su desaparición a la Policía, supongo. Usted y mi hermano salieron juntos hace dos noches, y... Bueno, supongo que mi hermano le facilitó las cosas, entregándole los datos para llegar hasta Gilles si algo ocurría.

—Por consiguiente, no puede informarme sobre la misión.

—Tal vez una conexión con Washington...

—¿Puede, Nicole?

—Sí, aunque es peligroso.

—Está bien, esperaremos.

—Brennan: ¿qué le ha ocurrido?

—Estoy bajo la influencia de una máquina. No recuerdo nada que se refiera a tres o cuatro horas antes de este momento.

—Dios mío...

—Pero si es cierto que soy americano, que pertenezco al

F. B. I.,

y que debo cumplir una misión, lo haré.

—Pero..., muertos Naudon y mi hermano... No sabemos casi nada, Brennan...

—Tengo mis notas.

—Sin embargo...

—No se preocupa, Nicole.

Sorprendida, sin poder ocultar su admiración, Nicole miraba a Brennan a los ojos. Escapaba por acuellas pupilas unos chorros de enorme voluntad. Pero..., ¿era suficiente? Brennan, estaba claro, vagaba entre la oscuridad de su cerebro sometido.

Brennan sonrió forzosamente.

—Comprenda tan sólo que antes tengo que estar seguro de quién y qué soy, Nicole —dijo—. Desmemoriado o no, tengo datos para ir acumulando pedazos de mi personalidad. Y haré lo que sea necesario. Por supuesto, tengo que ir confiando en alguien. Por lo pronto, es imprescindible que el doctor examine mis probabilidades de recuperación. Lo mismo en cuanto a esa falsa Edith, que puede ser un elemento valioso, sin duda.

—Es asombroso, Brennan... Anda perdido, pero reconstruyéndose a sí mismo...

—En lo posible.

—Sí...

En aquel instante llamaban a la puerta.

—Debe ser el doctor Faubourg —dijo Nicole.

Y caminó con gracioso contoneo, seguida por la mirada del hombre del

F. B. I.

Oyó algunas voces, y estaba tocando la pistola, con la mano en el bolsillo del pantalón. No se movió, al ver entrara un hombre relativamente joven, con una gran personalidad en su rostro. Nicole le seguía, con absoluta naturalidad.

—Es el doctor Faubourg, Brennan —dijo Nicole.

—Le agradezco que haya venido, doctor —dijo Brennan—. En primer lugar, quiero enseñarle un dibujo aparecido en una pantalla. Imagino que son ondas cerebrales, y usted, quizás, pueda determinar el daño sufrido por el cerebro en cuestión. ¿Quiere sentarse?

El doctor se sentó, en silencio. Miró un instante los ojos de Brennan, y luego tomó el papel donde estaban dibujadas las ondas.

Examinó, silencioso, aquellas líneas.

Brennan le miraba ansiosamente.

—Es extraordinario... —musitó el doctor Faubourg.

—¿Y bien?

—¿Estas líneas le corresponden a usted?

—No.

—Bien..., observo que no existe lesión orgánica alguna. Es... como una anarquía de células; más concretamente, de la composición de esas células. Lo cierto, debo admitirlo, que ni en los amnésicos más graves se han producido estos trastornos tan intensos. Sin embargo, insisto, no hay daño orgánico.

—Es posible, entonces, la curación, ¿no?

—Desde luego.

—Bueno..., me alegra oír eso, doctor.

—Cuando quiera puede ingresar en mi...

—Un momento. ¿Cuál cree que será la duración del tratamiento?

—No menos de una semana.

—Entonces, imposible, doctor.

—Pero...

—Lo lamento. No puedo perder tanto tiempo. Pero, claro... Diga: ¿pueden agravarse esas células?

—No. Han recibido unos impulsos eléctricos extraños, que habría que estudiar detenidamente. En realidad, creo que se trata de una deformación del ácido ribonucleico, RNA mensajero. El ácido ribonucleico es el factor determinante de la memoria a largo plazo. Por consiguiente, la deformación de ese ácido en las células ha borrado de usted todos los recuerdos.

—Pero ocurre que tampoco retengo recuerdos a corto plazo.

—Entiendo... Parece ser que estamos ante un experimento notable de la Mnemotecnia... De todos modos, los recuerdos a corto plazo obedecen a causas bioeléctricas, sin una estrecha relación con los ácidos componentes de las células cerebrales. En definitiva, hay que estudiarle a fondo. Existen compuestos químicos para facilitar la síntesis del ácido ribonucleico en las células, con lo cual, probablemente, consigamos devolverle la capacidad de aprender y recordar primero, y su totalidad normalidad luego. Eso, es claro, si no existen complicaciones que en estos momentos es imposible apreciar.

—Gracias, doctor. Todo esto es esperanzador.

—Entonces, si no desea someterse ahora a tratamiento...

—No se marche, se lo ruego.

—No puedo hacer más por usted ahora, Brennan.

—Lo sé, lo sé... No se trata de mí. Estamos esperando a la mujer cuyas ondas cerebrales ha visto usted dibujadas. Yo... no puedo someterme a tratamiento ahora, pero ella sí. ¿Comprende?

—Ya...

Brennan miró a Nicole.

—¿Cree que Gilles tardará mucho? —inquirió.

—No sé... Depende.

—¿Puede perder unos minutos, doctor?

—¿Por qué no?

—Gracias...

Tras unos instantes de silencio, en que Nicole ofreció cigarrillos a los dos hombres, Brennan releyó todos sus papeles, hasta dar con el número de teléfono de aquella casa en la que, al parecer, había permanecido casi cuarenta y ocho horas, y donde dejó entre unos electrodos todos sus recuerdos, su posible ciencia, sus conocimientos de cualquier materia.

Con el número de teléfono en la mano, miró a Nicole.

—¿Cree que será difícil obtener las señas correspondientes a este número telefónico, Nicole? —inquirió.

—Pues no... No creo.

—¿Quiere ocuparse de ello?

—Desde luego. ¿Es...?

—Tendrá luego las oportunas explicaciones.

—Bien...

—Nosotros esperamos aquí a Gilles y a... Edith.

VI

LA seña significaba que nadie podía verle. Entonces, el hombre del traje gris oscuro y sombrero del mismo color subió inmediatamente la escalera, en dirección al segundo piso. El hombre llamado Orbai Gabanyi. Abajo, como observador, estaba Basin Zorga.

Gabanyi llegó ante la puerta de la habitación 21 del hotelito donde estaba alojada Hayka, sola en aquellos momentos. Había sido una dura persecución, hasta conseguir localizarles, y dedicarse a una prudente espera. No obstante, Gabanyi no esperaba el fracaso que suponía ver a Hayka Maglos a solas, cuando utilizando una ganzúa abrió la puerta del cuarto, colándose rápidamente en el interior.

En la mano de Gabanyi, ominosa, amenazadora, apareció una pistola con silenciador acoplado, que buscó por el cuarto.

—Vamos, Hayka, vístete inmediatamente y salgamos de aquí. ¿Dónde está el hombre del F. B. I.?

Hayka Maglos se arrebujó con las sábanas, mirando a Gabanyi con las negras pupilas muy dilatadas.

—¿Quién es usted? —musitó.

Gabanyi emitió un pestañeo de desconcierto.

—Por favor, Hayka... ¿Dónde está él? ¿A dónde ha ido, y cuándo? Sólo hemos dejado de vigilar unos minutos, mientras... ¡¿Pero qué te ocurre?! Soy Gabanyi... ¡Gabanyi!

Hayka Maglos se estaba mordiendo los labios.

Meneaba negativamente la cabeza.

—Entonces..., entonces, Kirstein tenía razón —musitó, muy pálido, Gabanyi—. El hombre del

F. B. I.

utilizó el complejo contigo... Hayka, ¿qué recuerdas?

—Nada... ¿Quién es usted? ¿Y yo? ¡¿Y yo?!

—Hayka..., ¿cómo es posible...?

—¡No se acerque!

—No grites, por favor.

—Márchese... Déjeme... No le conozco.

—Hayka, somos amigos. Gabanyi. ¡Gabanyi! Maldita sea... Ese perro empleó contigo la máquina... Y ahora, ha huido. Pero eso no importa. Debe estar vagando por París, desesperado; sin documentos, sin nada que pueda ayudarle... Puede que le metan en la cárcel, en un manicomio, o que caiga en alguna barricada de los boulevares... No tengas miedo, Hayka, no importa que él haya huido. En cuanto a ti, Kirstein te devolverá la memoria sin dificultad. Vamos, sígueme.

—Voy a gritar... ¡Voy a gritar...!

Gabanyi se lanzó hacia ella, poniéndole la zurda sobre la boca.

—No seas loca, Hayka... ¿No quieres curarte? —La soltó.

—No sé... No sé nada... Pero tengo miedo... Déjeme...

—Hayka, vístete. Yo te espero en el pasillo. Luego saldremos juntos de este lugar. Volveremos a lo torre. Y no debes preocuparte por nada más.

Pero Hayka tenía la mirada muy fija, espantada, en la pistola con silenciador que empuñaba Gabanyi.

—Nosotros nos vamos, Hayka, y Zorga queda abajo, por si Brennan regresa. Lo dudamos, puesto que ni siquiera recordará dónde te ha dejado, ni quién es, ni lo que ha estado haciendo. No hay peligro. Vamos.

Hayka, entonces, trató de apartar la pistola de Gabanyi, que estaba muy cerca.

Gabanyi comprendió que, en realidad, ya había perdido demasiado tiempo con Hayka Maglos. Ella resultaba un estorbo, buscaba complicaciones. Y en aquellos momentos, cualquier paso en falso podía constituir el fracaso del grupo. Bien...

Fueron dos disparos.

Entre los senos de Hayka.

Muerta. Inidentificable.

Y, sobre todo, silenciosa.

Allí quedó, sobre las sábanas, manchándolas de sangre, y sus ojos para siempre vacíos mirando con terror al techo.

Gabanyi se humedeció los labios.

Luego, rabiosamente, dio media vuelta, caminando hacia la puerta. Se pegó a la madera; no había señales de que sus disparos hubieran sido percibidos. Por consiguiente, todo estribaba en salir de allí, bajar, y reunirse con Zorga, que estaba en un bar de la acera de enfrente, a escasa distancia del hotel.

Zorga, que estaba tomando un café, miró a Gabanyi inquisitivamente.

—He tenido que matarla —musitó Gabanyi—. Kirstein estaba en lo cierto: la memoria, ya sabes. Era un problema. Y no creo que debamos perder tiempo ninguno de nosotros en esperar aquí a Brennan.

—No sé, Gabanyi...

—No regresará. Y si lo hace, ¿qué? Ese hombre no nos interesa ya.

—Puede curar, no lo olvides.

—No olvido nada —musitó Gabanyi, al observar que el mozo tendía las orejas—. Pero sabes perfectamente que para cuando sane todo esto será para él como un sueño fantástico, y, en definitiva, en nada puede perjudicarnos, aparte de que estaremos lejos de París. Nos vamos, Zorga.

—De acuerdo...

Dejaron el importe de los cafés en la barra y se alejaron de allí, hasta la esquina donde tenían un viejo coche oscuro.

—¿Muerta? —musitó Brennan.

—Dos balados en el pecho. El hotelero no se cansaba de decir a la Policía, y a los curiosos, que se llamaba Edith, que estaba embarazada...

—Eso es mentira —sonrió, secamente, Brennan—. Pero es ella, no cabe duda. Bien..., tendremos que prescindir de sus conocimientos, si es que realmente hubiésemos tenido tiempo de obtener algo de ella. Lo siento, doctor. Le he hecho perder el tiempo —agregó Brennan, mirando al neurólogo.

—No se preocupe, Brennan. Cuando me necesite, estaré a su disposición.

—Gracias. ¡Espere!

El doctor Faubourg, con su maletín y el sombrero en las manos, miró a Brennan.

—¿Sabe? —musitó el hombre del

F. B. I.

—, casi no recuerdo el rostro de esa mujer... Realizo tremendos esfuerzos de voluntad para que mi cerebro no pierda el hilo de lo que está ocurriendo minuto tras minuto... Usted dijo que existen unos compuestos químicos que podrían ayudarme.

—En efecto. Sintetizarían el ácido ribonucleico en las células cerebrales... Algo así como metabolizarlas adecuadamente... En definitiva, se trata del compuesto «penolina-magnesio», que estimula los centros de la memoria...

—¿Puede proporcionarme ese compuesto, algunas dosis?

El doctor Faubourg sonrió levemente.

—Debo aclarar una cosa —musitó—: hasta el momento, sólo ha sido utilizado en laboratorios, con cobayas... Con resultados positivos, eso sí. Yo..., podría ayudarle en ese sentido, si usted se encamara. Pero en modo alguno puedo proporcionarle dosis de «penolina-magnesio» para uso personal y ambulatorio, además, si no es bajo riguroso control médico.

Brennan se apretó con ambas manos la cabeza.

—Está bien. Creo comprenderle —musitó—. Gracias, de todos modos, doctor.

El doctor se marchó, con Nicole acompañándole hasta la puerta.

Luego, regresó Nicole, encontrando a Brennan sumido en su negrura cerebral. Nicole se mordió los labios; se sentó junto a él, sin dejar notar apenas su presencia. Gilles les miraba a ambos y callaba también, un tanto impresionado.

De pronto, el hombre del

F. B. I.,

reaccionó.

—No puedo abandonar la actividad a que me estoy sometiendo —dijo—. Estoy seguro de que pronto lo olvidaría todo. En estos momentos, puedo incluso tomar decisiones, tener ideas... Las tengo. Mis papeles me ayudarán. Nicole.

—Diga, Brennan —musitó ella.

—¿Ha localizado la torre correspondiente al número de teléfono que anoté?

—Sí.

—Deme las señas. Anotadas.

—Brennan..., ¿piensa ir allí?

Él la miró a los ojos.

—Es claro —dijo, secamente.

—¿Se cree en condiciones?

—Eso no importa. Según ustedes, soy un hombre del

F. B. I.,

organismo de seguridad de Estados Unidos, y me encuentro en París para el desempeño de una misión especial que, por el momento, si no me traiciona la memoria, ha costado tres vidas... El..., el enlace...

—Naudon —dijo Nicole.

—Naudon, su hermano, y Edith, o como se llamase. ¿Cree que puedo perder mucho tiempo? Según mis notas, ellos estaban experimentando conmigo ese aparato desmemorizador... Por tanto, es presumible que piensan utilizarlo de nuevo... ya no sólo como simple experimentación. Se supone que mi misión, de algún modo, está relacionada con eso. Por favor, Nicole, deme las señas, anotadas.

—Como quiera, Brennan...

Ella salió un instante. Notaba la mirada de Brennan fija en su figura, lo que no dejaba de ser inquietante; era una mirada recta, dura, con un extraño vacío... Regresó con un papel, donde estaban anotadas las señas.

—Es en Avenida de la División Leclerc, en Bois de Boulogne —dijo—. El número setenta y siete. Pero al huir usted...

—Ellos me creen totalmente incapacitado. Lo cierto es que de no haber tomado notas últimamente no sabría ni de dónde he salido. Por tanto, y puesto que tienen instalado allí su complejo mnemotécnico, no creo que se sientan obligados a cambiar de residencia.

Guardó la nota en un bolsillo.

—¿Cuándo piensa ir? —inquirió Nicole.

Brennan miró a ambos, con cierto recelo.

—No creo que durante el día sea el momento adecuado —dijo.

—Claro... ¿Quiere descansar, Brennan? Puede comer, dormir... Se sentirá mucho mejor, más fuerte. Y... si su memoria falla, si sus

notas no son completas, tiene mi cerebro a su disposición.

Brennan sonrió.

—¿Conoce mi nombre de pila? —inquirió.

—Edward.

—Ya... Edward Brennan. Llámeme Edward.

—Sí..., ¿por qué no, Edward?

—Ahora, prosigamos con mi actividad. Lo siento, no puedo relajarme hasta estar seguro de que todo marcha bien. Dijiste que podías comunicar con Washington directamente.

—Sí. Desde aquí.

—¿Quién es mi jefe allí?

—Inspector Eliah Payne, de Asuntos Especiales.

—Quiero comunicar personalmente con él.

—¿Por algo especial?

—Sí..., para saber si es cierto que soy Edward Brennan, agente especial del

F. B. I.

—Hay un medio más seguro y menos comprometido. Gilles, conoces el hotel St. Honoré, ¿no?

—En efecto.

—Brennan ocupa allí la habitación doscientos treinta. Tiene sus documentos, sus armas, todas sus cosas. Ve a buscarlas. No te precipites; es probable que desde el hotel hayan avisado a algún Precinto de Policía, y haya lío. Si puedes, lo traes. Si ves dificultades, utilizaremos la emisora.

—Está bien, Nicole. ¿Y usted por qué desconfía, Brennan?

—Porque me siento en inferioridad de condiciones —dijo, sin la menor vacilación, secamente, el hombre del

F. B. I.

—Cualquiera puede jugar conmigo..., si yo le dejo, es claro. Hágame ese favor, Gilles. Por otra parte, voy a necesitar algo más potente que una simple pistolita de dos tiros.

Gilles asintió con la cabeza.

—Yo también esperaré a la noche —dijo.

—No hay inconveniente.

Gilles miró a Nicole, con un claro interrogante. Nicole asintió con la cabeza.

—Puedes irte, Gilles —dijo—. Hasta la noche.

Gilles se marchó, dejando solos a Ed Brennan y a Nicole Le Ray.
El hombre del

F. B. I.,

permaneció mucho rato silencioso. Dejó moverse libremente a Nicole, que, en realidad, no hacía otra cosa que procurar comodidades al hombre del

F. B. I.

Después de proporcionarle un restaurador desayuno y prestarle la afeitadora eléctrica de Le Ray, se sentó junto a él, fumando, mirándole a los ojos.

—¿Quieres dormir, Edward? —inquirió.

—No. Preferiría seguir en activo...

—¿Eres incansable?

—Tengo miedo de perder mi poca fuerza mental, eso es todo, ya te lo dije. Veamos..., ¿te importaría explicarme qué ocurre en el mundo?

—Bueno..., creo que son demasiadas cosas.

—¿Y en París? Lo más importante.

—Lo que está centrado el interés del mundo entero en París es la crisis social francesa.

—¿Eso es competencia del

F. B. I.?

—Decididamente, no.

—Prosigue, entonces, con algo importante.

—La conferencia que se está celebrando entre Hanói y Washington, con respecto a la guerra en Vietnam.

—¿Y eso?

—Eso es de repercusión política mundial, y Washington está implicado de un modo directo. Puede ser. Las negociaciones entre Xuan Thuy, el norvietnamita, y Harriman, el americano, son hasta ahora un fracaso. Hay desencanto por ambas partes y fundadas razones para sospechar que cualquier negociación en una mesa de conferencias es inútil. De todos modos, no se ha dicho la última palabra. Podría llegarse a un acuerdo. Hay precedentes: Corea por ejemplo.

—Es decir: dos países contendientes están negociando una posible paz.

—Sí.

—Y... podría ser que alguien tratara de... eliminar esa posibilidad.

—Puede ser eso, Edward.

—¿Sí? Nicole..., ¿recordarás todo esto luego?

—Prometido, Edward.

—Gracias... Me siento muy perdido.

—Edward, ¿por qué no regresas a Washington?

Edward unió el oscuro entrecejo.

—No se me había ocurrido. Si me enviaron, por algo será, ¿no?

—Pero...

—Ya oíste al doctor: lo mío es transitorio.

—Como quieras... Puedes ocupar el dormitorio de mi hermano...

—No importa. Espero no molestarte aquí.

—Oh, no...

Edward Brennan cerró los ojos. Nicole, cerca de él, quedó quieta, silenciosa, y tan sólo dos minutos más tarde oía la espiración pausada y tranquila, del hombre del

F. B. I.

Nicole pudo contemplarle largamente, observando la dureza de aquellos rasgos, la firmeza de su barbilla, la obstinación de aquel mentón partido... Y le miró los labios, un poco pálidos.

Nicole se sintió como hipnotizada por aquel rostro.

Se acercó a él y cerró los ojos. Luego, fue descendiendo lentamente la cabeza, hasta que sus labios rozaron los del hombre del

F. B. I.

Un simple roce, suave, muy suave... Nicole no tuvo voluntad para separarse y presionó un poco más con los labios; otro poco más... Seguía con los ojos cerrados, besando a Edward Brennan.

Quando quiso separarse, las manos de Ed Brennan rodeaban su nuca, y los labios del hombre devolvían el beso con extraña fuerza.

Luego, jadeando, con la boca aún muy cerca de la de Brennan, Nicole musitó:

—Lo siento, Edward... No tenía derecho a...

—No sigas.

Se miraban a los ojos. Brennan esbozaba una extraña sonrisa, mirando las bellas y brillantes pupilas verdes de Nicole... Era como

si estuviera descubriendo algo maravilloso. La miró también los labios, el cuello, el busto. Nicole sintió un poco de miedo, pero no opuso resistencia alguna cuando Ed Brennan la besó de nuevo, ahogándola, o poco menos.

—Descansa, Edward... —susurró ella.

—Me da miedo.

—Yo... iré contigo.

—Oh, no, Nicole. Eso no.

—¿Por qué? Necesitas a alguien. Alguien que te guíe hasta la Avenida de la División Leclerc; un cerebro que memorice por el tuyo. Antes de partir, hablaremos sobre todas las notas y nombres que hay en esos papeles. Necesito saber lo que tú sabes para ayudarte.

—Ellos matan, Nicole.

—Ya lo sé... Bien, tengo cierto interés personal, Edward. Ellos asesinaron a mi hermano.

—Cierto...

—¿Y bien?

—Nicole..., sólo tengo miedo ahora de que al despertar no te recuerde. Últimamente me doy cuenta de que retengo más cosas, pero es que no he dormido, no he descansado. SI me relajo y olvido...

Nicole sonrió dulcemente.

—Yo intentaré recordártelo —susurró.

Ed Brennan, entonces, cerró los ojos. Le gustaba el silencioso ambiente de aquel chalet en Lavalloise-Perret; la calle tranquila, sin agitación alguna. Allí no llegaba la tensión del centro de París. Y, aquella vez, Edward Brennan se rindió a la verdad.

Nicole jugueteó un poco con sus labios y los de Brennan, pero éste dormía profundamente.

Nicole, entonces, le dejó solo en aquella salita y corrió la cortina, amortiguando el paso de luz.

VII

LOS dos ocupantes del coche llevaban ropas negras. Ella, Nicole, conduciendo, llevaba el mismo jersey y el mismo pantalón ajustado; destacaba su cabellera rubia, muy llamativamente, pero el pañuelo que llevaba al cuello solucionaría el detalle en el momento oportuno. A su lado, Ed Brennan, silencioso, vestía ropas de Le Ray: «polo» y pantalón oscuros. Llevaba una automática muy potente pegada al costado izquierdo, debajo del «polo».

—Estamos llegando, Edward —musitó Nicole—. El número setenta y siete debe estar a cosa de doscientas yardas de aquí.

—Entonces, toma cualquier vereda. No podemos dejar el coche a la vista. El resto del camino lo recorreremos a pie.

—De acuerdo.

A la izquierda de Nicole había una vereda algo empinada, que terminaba en unos pinos del Bois de Boulogne. Ella maniobró, lanzando el coche por la ligera cuesta. Poco después, frenaba, dejando el coche prácticamente invisible desde la carretera; tanto más, por consiguiente, desde la torre, aún lejana.

Cuando hubo parado el ruido del motor y el coche quedó quieto, Nicole soltó un suspiro y miró al hombre del
F. B. I.

—¿Quieres que te repita todo lo que sabemos, Edward? —inquirió.

—No es necesario.

—¿Lo recuerdas?

—Ya hemos hablado por el camino. Hay que entrar ahí, Nicole, y... eso es todo, por el momento. Según las notas, la máquina está en el pasillo que da al vestíbulo, cuarta puerta. Ése es mi primer objetivo, aunque supongo que hallaré obstáculos para llegar a él. Yo

entraré, y tú esperas en el exterior; no hagas nada si no recibes alguna señal por mi parte, o adviertes un claro peligro aunque en este último caso lo más sensato que podrías hacer es marcharte.

—¿Y dejarte solo, Edward? —musitó ella.

—No quiero que te ocurra nada.

—Oh, Edward... ¿Y si luego no me recuerdas?

Él la miraba también a los ojos, con insistencia. Consiguió una sonrisa, y dijo:

—Eso no debe preocuparte. Mira..., por lo que me dijiste, esta mañana intimamos un poco... No te recordaba al despertar, perca confío en ti, y vuelvo a sentir deseos de besarte... Si eso me ocurre cada vez que te vea, no hay peligro. Será curioso enamorarse cuatro o cinco veces de la misma chica, ¿no?

—¿Lo dices en serio, Edward?

—Naturalmente. Estoy seguro de que cada vez que te vea, te recuerde o no, me enamoraré de ti. Es muy... significativo, Nicole.

—¿También te enamoraste la primera vez que me viste, cuando llegaste con mi hermano?

—Ésa no la recuerdo... —susurró Edward Brennan.

—Bien...

—Vamos, Nicole.

—Un momento, Edward... Has dicho que sentías deseos de besarme. ¿No?

Se había corrido un poco en el asiento, acercándose más al hombre del

F. B. I.

Los rostros de ambos estaban muy cerca. Los labios de Nicole tenían brillo propio en la oscuridad del interior del vehículo, entre pinos. Y también aquellos grandes ojos verdes.

—Lo dije... —susurró Brennan.

Rodeó con ambos brazos el cuerpo de Nicole y la atrajo hacia sí. Ella mostraba los labios, y el hombre del

F. B. I.,

la besó largamente. Luego, se percibió la respiración agitada de ambos. Con las dos manos, Brennan tomó el rostro de Nicole y la miró con mucha atención, como si quisiera grabar para siempre aquella imagen en su cerebro; no correr el riesgo de olvidarla de nuevo, aunque..., sí..., quizá resultara emocionante enamorarse de

Nicole una y otra vez.

La volvió a besar, y dijo:

—Vamos ya.

Saltaron ambos del coche; el hombre del

F. B. I.,

tomó una mano de Nicole y ambos, como sombras de movimientos ágiles, seguros, se encaminaron hacia la torre del número 77 de la Avenida de la División Leclerc. Guiaba Nicole, silenciosa, grave la expresión en aquellos momentos. Ella también llevaba una automática, inmediatamente debajo del seno izquierdo. No parecía haber llegado el momento de empuñar las armas.

Poco después, tras haber recorrido ciento cincuenta yardas, Nicole descubrió la torre, metida entre el jardín, escasamente cuidado.

—Es aquélla, Edward —musitó.

—Si tú lo dices...

—Está completamente a oscuras.

—Sí, eso veo.

—¿Te parece normal?

—No sé, Nicole... Han podido salir por algo... Caben dos cosas.

Una: que estén realizando algún trabajo; dos: que hayan cambiado de refugio, temiendo que yo pueda recordar. Esta segunda me parece muy poco probable, porque ellos conocen bien la fuerza de su máquina. Por tanto, si realmente no hay nadie, me inclino a creer que han salido para operar.

—De todos modos, hay que comprobar primero que no están.

—Exacto. Quédate aquí.

—¿Por qué no vamos los dos, Edward...?

—Porque no es necesario.

—Como quieras... Tienes la linterna en el bolsillo derecho, y supongo que sabes que la cuarta puerta del...

—Sí, sí... He estado con el cerebro fijo en eso durante casi todo el camino. Aguarda aquí. De un modo u otro te haré señales para que sepas a qué atenerte.

—Está bien, Edward.

Edward iba a saltar un seto, pero se sintió retenido. Miró a la silenciosa Nicole y sonrió. Verdaderamente, no hacía falta que ella dijera una palabra. La besó de nuevo y, entonces sí, saltó el seto,

colándose ya en el jardín de la torre que, por descuido, ofrecía cierta protección visual, con sus matas altas y macizos de flores descuidados.

Mientras se acercaba a la torre, con su construcción oscura, techos a cuatro vertientes, con dos torretas pizarrosas, Edward Brennan se iba afirmando en la idea de que allí no había nadie, lo cual o bien podía simplificar las cosas, o bien significaba el fracaso total, si aquellos hombres la habían abandonado.

Dio un rodeo, en busca de un lugar de acceso. Sólo podía entrar por una de las ventanas del primer piso. Tenía que trepar por unas enredaderas y luego colarse por una ventana entornada.

La potencia física de Brennan no había sufrido la menor alteración, y resultó fácil la escalada. Se encontró en un cuarto a oscuras. Estuvo quieto unos instantes, habituándose a la penumbra. Luego, caminó hacia la puerta. Abrió, asomó al pasillo solitario y en penumbra, y contó las puertas. Vaya..., allí había estado él: tercer cuarto del primer piso.

Retrocedió. Sí..., aún estaba la chaqueta de su traje gris con el bonito cuadro más oscuro, la bandeja con algunas cosas rotas en el suelo...

Allí nada tenía que hacer, sin embargo.

Salió al pasillo, ya con la automática en la mano y mostrando las puntas de los dientes en una extraña sonrisa. Realmente, no iba a molestarse en avisar a nadie de su presencia. Un disparo a la cabeza del primero que le entorpeciera el paso sería su saludo, sí... El silenciador resultaba útil; muy útil.

No obstante, pudo descender al vestíbulo, sin vestigios de luz. El pasillo, la cuarta puerta.

Tenía la linterna en el bolsillo derecho; además, era un verdadero complejo mecánico. Gilles lo había recuperado, con otras muchas cosas, del cuarto en que se alojó en el hotel St. Honoré. La linterna se convirtió en ganzúa, y alumbraba al mismo tiempo. Por tanto, siguió la ausencia de dificultades. Pudo abrir y colarse en aquel cuarto.

La luz de la linterna inmediatamente descubrió el complejo.

Tras unos instantes de indecisión, salió de nuevo y fue hacia el vestíbulo. Abrió una ventana, orientada hacia donde estaba Nicole, e hizo unas señales con la linterna.

Aguardó un par de minutos, hasta ver y oír a una figura que jadeaba levemente, alzarse en el marco de la ventana. Recibió a Nicole en sus brazos y la depositó en tierra.

—No hay nadie, Nicole. Y deduzco que no han abandonado el refugio, puesto que la máquina sigue en su sitio. Naturalmente, regresarán, y hemos de estar preparados.

—Pero... ¿vamos a esperarles aquí dentro?

—De ningún modo. Pero... ven conmigo.

La condujo al cuarto donde estaba la máquina. La luz de la linterna de Edward iba incidiendo sobre los distintos controles del complejo.

—Entiendo las inscripciones, Nicole, pero ignoro el idioma en que están escritas.

—Es alemán, Edward.

—¿Alemán? Bueno, no entiendo qué pintan los alemanes...

—¿Quieres saber mi opinión?

—Naturalmente.

—Se trata de un grupo internacional. Oh, bueno, no es que sea demasiado lista, pero tienes anotados tres nombres: Hayka, nombre de mujer griega, que pudo ser esa Edith. Kirstein, es alemán. Y Avissar, me parece israelita, o judío. Por tanto, se trata, repito, de un grupo internacional. Mercenarios que están proyectando algo, e imagino que no por cuenta de Hanói ni de Washington.

—Sigue opinando, Nicole, me interesa.

—No te has de preocupar por el informe a Washington, Edward. Yo te ayudaré.

—Ya...

—Y terminan mis conjeturas, Edward. No imagino quién paga a ese grupo internacional.

—Ya lo sabremos. Ahora...

—¿Qué vas a hacer?

—Es simple. Esta máquina no anarquizará más cerebros. Ahí pone que el tiempo de tratamiento es de minuto y medio. No sé qué ocurriría si ese tratamiento se prolongara. Sin embargo, algo imagino...

Entonces, Ed Brennan se dedicó a examinar el aparato, y empezó a desconectar hilos y destruir electrodos. Algunas de las piezas que arrancaba pasaban a sus bolsillos. Estuvo diez minutos dedicado a

su labor de inutilización. Luego, observó el trabajo y sonrió torcidamente. No hubiese estado mal liarse a tiros y a puntapiés, o lo que fuese, con aquella máquina Mnemotécnica...

Pero, por el momento, se consideraba satisfecho.

—Ahora, salgamos de la torre, Nicole —dijo.

—De acuerdo.

—Esperaremos en el jardín. Antes quiero echar un vistazo al garaje.

Salieron por la puerta principal, después de que Ed hubo cerrado la ventana del vestíbulo que dio paso a Nicole. Cerraron de golpe, tal como estaba la puerta, y se deslizaron hacia la nave anexa, el garaje, que estaba vacío.

—Aquí ha habido dos coches, Ed —dijo Nicole.

—Ya...

—No hay nada más de interés.

—No esperaba encontrar gran cosa, ésa es la verdad. Nos ocultaremos entre aquellas enredaderas de la verja. Veremos cómodamente todo lo que ocurrirá cuando lleguen. Por lo menos, lo que ocurre en el exterior.

Y ambos se dirigieron hacia allí, quedando perfectamente disimulados, como camaleones.

El coche oscuro rodaba velozmente por Boulevard Malliot, hasta la plaza del mismo nombre, y de allí, tras un viraje, tomó la Avenida de la División Leclerc.

—Cuidado ahora, Avissar —dijo Kirstein—. No conviene despertar la atención de nadie.

—La recomendación es innecesaria.

Avissar lo dijo muy secamente. Kirstein frunció el ceño.

—¿Ocurre algo? —inquirió.

—¿Paro qué repetirlo? Hemos debido abandonar esa torre.

—¿No confías en la ciencia de esa máquina?

—No digo tanto. Pero no tenemos noticias de lo ocurrido con el hombre del

F. B. I.,

y eso es inquietante.

—Oh, vamos, Avissar... Están ocurriendo muchas cosas en París. Heridos, detenidos, desaparecidos... Y puesto que dentro de cuatro

días a lo sumo habremos concluido aquí, lo mismo da lo que suceda luego. Pero puedes estar seguro de que si el hombre del

F. B. I.,

se recupera, lo cual cabe dentro de lo posible, no recordará nada de lo ocurrido estos días. Y basta ya.

—Como quieras.

Kirstein, entonces, volvió la cabeza hacia atrás, viendo, a lo lejos, los faros del coche que les seguía.

—Todo ha salido perfectamente, Avissar —dijo.

—Estaba bien preparado.

—Sí... Frena.

Avissar frenó.

Kirstein saltó al suelo y abrió la verja para dar paso al coche. Montó seguidamente, y Avissar aceleró, en dirección al garaje. Antes de entrar, se detuvo de nuevo.

—Voy a preparar la máquina. Gabanyi y Zorga nos están pisando los talones, con nuestro hombre. Para cuando lleguen, ha de estar todo listo. Con cuanta mayor rapidez actuemos, tanto mejor.

Kirstein, entonces, se dirigió hacia la entrada de la torre, y Avissar al garaje. Cosa de tres minutos más tarde, Avissar hacia su entrada en la sala de la máquina, y encontró a Kirstein con el color del rostro terroso, con una expresión de incredulidad, de desconcierto, en sus pupilas oscuras, tras las gafas.

—¿Qué pasa? —inquirió Avissar.

—No sé..., no lo entiendo.

—Pero...

—¡Esta máquina está destrozada...! —chilló, con algo de histerismo, el intelectual Kirstein—. Han arrancado cables, han desaparecido los electrodos terminales, los del casco... ¡Esta máquina no nos sirve para nada...!

Avissar palideció ostensiblemente.

—Te lo dije, Kirstein —masculló.

—No seas necio... De ningún modo puedo admitir que esto lo ha hecho el hombre del

F. B. I.

—¡¿Quién, entonces?! —estalló Avissar.

—No gritemos, no perdamos la serenidad —rezongó Kirstein—.

Voy a tratar de arreglarla. Tengo algunos repuestos, pero..., no sé. Francamente, dudo que pueda conseguir la eficacia deseada... Y ahí están llegando los otros. Ve a recibirles. No digas una palabra. Entretenles un poco, mientras trato de solucionar esto.

Avissar sonrió torcidamente; sus ojos negros brillaban con fiereza.

—Procura que todo vaya bien, Kirstein. Tú eres aquí el cerebro científico, pero el mando de acción soy yo. Y ten en cuenta que mi trabajo ha sido limpio, perfecto. Desde el momento en que descubrimos al francés espiándonos, hasta la muerte de ese hombre y la de un enlace. Luego, lo del hombre del

F. B. I.,

a quien debimos matar, sin más, en lugar de realizar experimentos. Todo eso lo realicé yo, sin fallos. Luego, los planos, el estudio completo de la construcción del hotelito donde se aloja toda esa gente, de modo que las cosas no han podido ser más fáciles, por mi perfecto estudio del terreno. Y tenemos a uno de esos hombres. Yo, Kirstein, he triunfado. Veremos qué ocurre ahora contigo.

Kirstein estaba aún más pálido. Se humedeció los labios.

—Déjame solo —dijo, secamente—. He de trabajar.

—De acuerdo. Para no alarmar a los otros, voy a entretenerles, pero no confíes en que sea por mucho rato.

—Está bien. Vete ya. Se han detenido frente al garaje.

Avissar, sin más, dio media vuelta y salió de la estancia, dejando solo a un Kirstein sudoroso.

Mientras, Avissar había salido a la puerta y se dirigía hacia el coche recién llegado, del que ya se había apeado Gabanyi, mientras que Zorga seguía frente al volante, en espera de que saliera también del coche aquel hombre al que habían raptado de un hotelito.

—¿Todo preparado? —inquirió Gabanyi.

—Supongo que sí.

—Pues no perdamos...

—Tranquilo, Gabanyi. Puesto que todo va bien, no hay razón alguna para precipitarse.

Gabanyi le miró con extrañeza, pero no hizo comentarios.

Miró hacia el interior del coche, a los asientos traseros, y dijo:

—Vamos, salga usted.

Y salió.

Un hombrecillo; pequeña estatura, delgado, con el cabello muy negro, correctamente vestido a la europea, pero con un rostro inconfundiblemente asiático. Un hombrecillo inexpresivo, que miró a los tres hombres que le rodeaban.

—Es un atropello inadmisibile, señores —dijo suavemente—. Tal vez ustedes no han calculado las consecuencias de ello.

—Está todo calculado —dijo Avissar—. Nadie tiene que enseñarnos cómo realizar un trabajo. Tú, Zorga, recoge la cartera con toda la documentación de este hombre. Quemaremos la mayoría de los papeles, y le dejaremos la cartera, con su identificación personal.

Zorga retiró la cartera del interior del coche. Con ella en la mano, dijo:

—Voy a meter el coche en el garaje. Nos reuniremos dentro.

—¿Puedo saber qué pretenden ustedes? —inquirió el hombrecillo asiático.

—No vale la pena que se entere. Tampoco lo va a recordar luego —gruñó Gabanyi—. ¿Vamos o no, Avissar?

—Esperemos a Zorga —dijo Avissar, como última tentativa de ganar un poco de tiempo.

VIII

CUANDO los cuatro hombres entraron en el laboratorio, Kirstein mostraba huellas de sudor, de preocupación, en su rostro. Les miró a todos, y musitó:

—He podido conectar los hilos, pero es imprescindible recuperar dos de los electrodos del casco. Han sido robados. Ignoramos si hace diez minutos, veinte, o, como máximo, dos horas, que es el tiempo que hemos estado ausentes. Sin esos electrodos, la máquina no funciona.

Avissar dio un paso al frente.

—¿Y quién cree que ha podido hacerlo, Kirstein? —masculó.

—No lo sé —dijo, con dignidad, Kirstein.

—¿No? Yo, sí: el hombre del

F. B. I.

No me preguntes cómo. A eso no podría responder. Pero... sabemos de sobra que los hombres del

F. B. I.,

y mucho más concretamente los de Asuntos Especiales, que lo mismo operan en Moscú que en Pekín, son hombres de recursos comprobados. Es un hombre sin memoria, pero con cerebro, no debimos olvidarlo. Debimos comprender el peligro cuando consiguió escapar de nosotros. Un tipo desmemoriado, arrastrando a una mujer en las mismas condiciones, logra huir de nosotros. Fue un aviso que no quisiste oír, Kirstein.

Intervino, nervioso, Gabanyi:

—Estoy de acuerdo contigo, Avissar. No obstante, no creo que debamos perder el tiempo con reproches mutuos. Si han robado esos electrodos, pueden estar lejos o cerca. Yo propongo dedicarnos a una búsqueda intensiva.

—¿Y dónde, Gabanyi? —inquirió Avissar.

—Por donde sea. Sugiero que uno de nosotros puede buscar por todo el recinto de la torre. Los otros dos, por el contorno. Si ha sido el hombre del

F. B. I.,

espero que estéis de acuerdo conmigo: no debe estar conforme con haber robado esos electrodos; debe buscar algo más, y no creo que esté lejos.

Se hizo un pesado silencio en la estancia.

Avissar asintió con la cabeza, por fin.

—Admitido —dijo.

—¿Y bien?

—Tú mismo, Gabanyi, buscarás por el jardín de la torre. Zorga y yo saldremos con el coche, y buscaremos por el contorno. Kirstein se quedará aquí con ese amarillo. Tienes un arma, Kirstein; espero que sirva de algo si las cosas siguen empeorando.

Allí, el único que no entendía palabra era el asiático, que miraba aquella máquina con cierta aprensión en sus ojillos oscuros. Dijo:

—Insisto en que todo esto deberán explicarlo satisfactoriamente. ¿Saben?, he estado pensando que se trata de una jugada de los americanos, pero veo que no es así; su mención de un agente del F. B. I.,

en los términos en que lo han hecho, me obliga a cambiar de idea.

Todos miraron al amarillo.

—Somos realmente imprudentes —masculló Avissar—. Si no encontramos esos electrodos, tendremos que matar a este hombre.

—¿Matarle? Quedamos...

—Basta de necedades, Kirstein. ¿O crees que vamos a soltarle con su cerebro intacto? Bien..., a la desesperada, y en última instancia, le matamos, y en paz. Lo mismo que ha pensado él con respecto a una jugada de los americanos puede pensarlo todo el mundo.

—Bien...

—Estamos hablando demasiado. Vamos, Zorga. Tú, Gabanyi, al jardín. Y...

Avissar había extraído su pistola. Sin que el amarillo lograra tan siquiera adivinar lo que iba a ocurrir, el cañón de la automática se estrelló contra su frente; el hombrecillo se arrugó y cayó al suelo, de

costado.

—Andando —dijo Avissar.

Salieron todos de allí, a excepción de Kirstein, quien, a la desesperada, se lanzó de nuevo hacia la máquina, tratando de buscar algún sustituto de los electrodos robados. Si la operación salía mal, Avissar no le perdonaría. El grupo de Avissar era uno de los mejores internacionales, con gran prestigio...

Pero la máquina se negaba a funcionar.

Una simple pieza puede hacer fallar una máquina... siempre muy distinta al hombre; eso debió tenerlo en cuenta, y no confiar tanto en su invento.

—¿Has visto, Edward? —musitó Nicole.

—Sí. ¿Y qué?

—Ese hombre al que han capturado es asiático. Desde este momento me atrevo a asegurar que es norvietnamita.

—¿Y eso qué objeto tiene?

—Se puede imaginar. ¿Qué hacemos?

—Aguardar.

—¿Qué?

—No sé, Nicole. Pero me parece absurdo meterse ahí con cuatro hombres armados dentro. Imagino que tratarán de hacerle perder la memoria, pero la máquina está inutilizada; dos de los electrodos indispensables están en mi bolsillo. Se supone que reaccionarán de alguna manera, cuando descubran lo ocurrido con la máquina. Y según como reaccionen esos hombres, actuaremos nosotros. ¿De acuerdo?

—En todo.

Le besó en los labios, y Edward la estrechó contra sí, acurrucándose en aquel rincón sombrío. Ambos, silenciosos, estaban con la mirada fija en la puerta de la torre y en el garaje. Durante mucho rato no sucedió nada. Luego se encendió la luz del garaje, simultáneamente con la aparición de dos hombres en el exterior. Uno de los hombres se separó, dirigiéndose hacia un ángulo del jardín. El otro esperó a que apareciera el coche; montó, y los dos del coche salieron de la finca.

—¿Qué piensas de esto, Nicole? —inquirió Edward.

—El primero busca algo por el jardín.

—¿A nosotros?

—Podría ser.

—En este caso, tenemos ventaja, ¿no?

—Bien...

—No te muevas de aquí, Nicole.

—Edward...

—¿Qué te preocupa?

—Ya lo sabes... De todos modos, te espero aquí.

—Así está bien, Nicole.

Silencioso, como una auténtica sombra, el hombre del

F. B. I.,

abandonó aquel refugio, y fue rodeando el jardín, en espera de localizar a Gabanyi, quien, en su rodeo, se iba acercando de frente a Brennan. Éste, prevenido, con la pistola en la diestra, esperaba el momento de atacar. Primero, es claro, tenía que verle, y luego preparar su ataque.

Descubrir a Gabanyi, que avanzaba, a su vez, con una automática en la diestra, bien camuflado, ciertamente, fue cosa de cinco minutos. Ambos se encontraban en la parte trasera de la casa, y Edward se ocultó detrás de un grueso eucalipto, a la espera de la llegada de Gabanyi, quien, posiblemente, para examinar el terreno antes de seguir avanzando, también elegiría el tronco de aquel aromático árbol.

Edward Brennan dejaba flotar una seca sonrisa entre sus labios. La verdad es que no recordaba a aquel tipo. Pero, demonios, era un enemigo, eso estaba comprobado.

Por consiguiente, debía actuar sin vacilaciones.

Dejó que Gabanyi se acercara al máximo.

Estaban separados por un par de yardas y el tronco del árbol. Gabanyi saltó, ágil y silenciosamente, hasta quedar pegado al tronco.

Fue entonces cuando el hombre del

F. B. I.,

actuó. Con ambos brazos, de notable envergadura, rodeó el tronco del árbol, con la particularidad de que abarcaba el cuello de Gabanyi. Y la presión de Ed Brennan sobre aquel cuello era cosa de locura para Gabanyi, quien, súbitamente, sintió un velo negro sobre sus ojos, que lagrimeaban, a causa del dolor y la desesperación.

Sus brazos se agitaban de un modo espasmódico, y Edward,

antes de que el tipo apretara el gatillo, le anuló con un furibundo estrujón, que dejó tiras de pellejo del rostro de Gabanyi en el tronco del árbol.

Le soltó, y Gabanyi cayó de espaldas, de cara al cielo, removiéndose.

Cuando Ed Brennan se inclinaba para arrebatarse la pistola, Gabanyi dio un giro, y alzó la diestra, como por instinto, pero con el índice presionando ya el gatillo.

Entonces, Ed tuvo que actuar con cierta precipitación. De todos modos, bastó un solo disparo. Trató de alcanzarle en la frente, y lo que hizo fue hundirle un ojo y la bala en el cerebro. Gabanyi ni siquiera consiguió un grito.

La sorda detonación podía haber trascendido, y el hombre del F. B. I.,

corrió hacia una posición desde la cual pudiera ver a Nicole, y la forma de reaccionar de ésta. Cuando tuvo visibilidad hacia las enredaderas, la vio, confusamente, pero inmóvil, esperando. Edward corrió hacia ella.

—¿Oíste el disparo? —inquirió.

—Apenas... Se puede confundir con otro cualquier sonido.

—De acuerdo. Entraremos ahí. Sólo hay un hombre para ofrecernos resistencia.

—Vamos.

Aquella vez la puerta principal no ofrecía dificultades. Ambos se encontraron en el vestíbulo, y desde el principio del corredor se veía la luz que se filtraba por debajo de la cuarta puerta. Edward inició el avance, con Nicole detrás, casi pegada a él; ambos empuñaban sus automáticas. Una vez frente a la puerta, Edward torció los labios en una sonrisa; el de la perilla, Kirstein según sus notas, debía estar tratando de hacer funcionar la máquina, puesto que se percibía un leve zumbido.

Entonces, Edward empujó la puerta y saltó al interior del laboratorio.

—¡Quieto, Kirstein! —ordenó secamente.

Kirstein, que estaba inclinado sobre la máquina, se irguió lentamente, mirando al hombre del

F. B. I.,

y a la juvenil y espléndida rubia, que tras penetrar en la estancia

cerraron la puerta. Nicole se acercó al asiático y dijo:

—Sólo está sin conocimiento, Ed. Creo que es mejor así. Déjame actuar ahora a mí.

—¿Por qué?

—Bien..., si ese asiático despierta, no es conveniente que sepa que ha actuado el

F. B. I.,

en este asunto. Simularemos ser una red francesa. No está muy lejos de la verdad de todos modos. Ed..., las intervenciones del

F. B. I.,

fuera de su país siempre son mal vistas... Debes saberlo..., creerme, vaya.

—De acuerdo... No obstante, ¿quién crees que le va a decir al amarillo que yo pertenezco al

F. B. I.?

¿Ese Kirstein? ¿Por qué me mira con tanto asombro, Kirstein? Oh, no crea que su invento falló conmigo... Fue un éxito. Soy un hombre que recuerda tan sólo lo ocurrido dos o tres horas antes, como máximo, y con enormes esfuerzos de voluntad. Para llegar hasta aquí de nuevo he tenido que luchar mucho contra mi vacío cerebro, y... procurarme un cerebro: ella. Ni siquiera sé los años que tengo, dónde nací, ni si tengo padres, esposa o hermanos, ni dónde vivo, ni por qué salí de Washington, según tengo entendido. Pero..., parece que se me da la lucha. ¿No cree?

—Es imposible que...

—¿Qué? ¿Buscaba unos electrodos, Kirstein?

—Sí...

—Los tengo yo. Tiéndase en la camilla e introduzca la cabeza en el casco. Usted, desde luego, no comunicará al asiático mi procedencia americana y mi vinculación al

F. B. I.

Obedezca, Kirstein.

El alemán inició el retroceso, pero Edward saltó junto a él.

Le agarró con la mano izquierda por las solapas de la chaqueta, y le colocó la automática debajo de la perilla.

—Tal vez no utilice la máquina con usted, Kirstein —dijo Ed—. Se puede salvar si me pone al corriente de toda la actuación de su grupo. Es claro que yo dentro de dos horas lo habré olvidado todo,

pero mire mi nuevo cerebro... —señalé a Nicole—. Ella no olvidará detalle.

Kirstein apretó los labios.

—No diré una sola pa...

Edward Brennan le pegó en el estómago con la zurda y le cruzó el rostro con la automática, dejándole aturdido. De un tirón le arrojó sobre la camilla, y le obligó a tenderse en ella; tuvo que golpearle en el estómago de nuevo, privándole de aire, de fuerzas, para introducirle la cabeza en el casco.

Luego, Ed extrajo los electrodos del bolsillo y los colocó correctamente aunque sin conectar la máquina a Kirstein, que se sentía aterrado, envarado.

La máquina zumbó, y Kirstein, por el sonido, supo que todo iba correctamente; con sólo conectar los electrodos a su piel, en un minuto y medio dejaría su personalidad entre aquellos hilos, en aquel complejo monstruoso.

—¿Y bien, Kirstein? —inquirió Edward.

—Ed..., el asiático está despertando.

—Vigila a Kirstein.

El hombre del

F. B. I.,

se acercó al norvietnamita.

Y de un golpe en la frente con la pistola le durmió de nuevo.

—Lo siento —musitó—. Pero, ¿para qué quieres saber demasiado?

Luego volvió junto a Kirstein.

—Le aconsejo que no pruebe la excedencia, Kirstein —dijo Ed.

El de la perilla, muy pálido miraba con desesperanza de un lado a otro: no había salida posible.

Y no le cabía la menor duda de que el hombre del

F. B. I.,

manejaría la máquina...

—El... el jefe del grupo es Avissar... —musitó Kirstein.

Ed, sonriendo levemente, miró a Nicole.

—Procura no perder palabra. Siga, Kirstein.

—Avissar recibió un encargo...

—¿De quién? —intervino, rápidamente, Nicole.

—De... de Pekín.

—¿De Pekín? De acuerdo, adelante —dijo Nicole—. Él es quien lo preparó todo...

—Oiga esto, Kirstein —gruñó Ed—: Si trata de ganar tiempo, está haciendo el ridículo. Uno de sus compañeros está muerto en el jardín, y los dos que salieron con el coche aún tardarán en regresar. Y... les aguarda una sorpresa. Por tanto, le sugiero que se ocupe de sí mismo. ¿No lo considera sensato?

—Les estaba diciendo la...

—No hace falta en que insista en que Avissar es el jefe del grupo. Sabemos eso, y que recibieron el encargo de Pekín. Ahora, por favor, cíñase a la naturaleza de ese encargo.

—Está bien... Se trataba de localizar en París a los negociadores de paz de Hanói, encabezados por Xuan Thuy, y realizar contra ellos algunos atentados, para...

—¿Atentados? Usted sólo iba a hacer perder la memoria a ese hombre.

—Así es. Yo ideé la forma de producir más impacto. Desmemorar a todos los secretarios de Xuan Thuy; conducirles a un caos mental, y soltarles por París. Puesto que las negociaciones están fracasando, o, al menos, no se ha conseguido el menor resultado, el menor acuerdo, lo que pudiera ocurrirles a esos hombres, raptados primero, y sometidos a la máquina después, sería achacado a los americanos, como represalia.

Ed miró a Nicole.

—¿Te parece lógico, Nicole? —inquirió.

—Un buen golpe de efecto, sin duda. Es claro que ante la desmemorización y desapariciones de esos delegados de Vietnam del Norte, cuando menos, en el supuesto de que los americanos no apareciesen culpables, cosa dudosa, dado el montaje de la propaganda comunista, se hubiesen suspendido esas negociaciones, por tiempo indefinido, supongo. Por consiguiente, la lucha en Vietnam proseguiría, y más encarnizadamente si cabe, dado el fracaso de las conversaciones de paz.

—Vaya... Y Pekín como promotor silencioso y oculto del escándalo —dijo Ed.

—Escándalo es poco, Ed... Hubiera sido algo explosivo en todas las esferas políticas mundiales. Es claro que nadie podría acusar a Pekín. Y los observadores que hay en París para esas negociaciones,

no sabrían a qué atenerse. En definitiva, el fracaso absoluto de la paz y propaganda contra Estados Unidos. Eso pretendían.

IX

ED Brennan, silencioso, miraba alternativamente a Kirstein y a Nicole. Si Kirstein no rebatía los argumentos de Nicole, ello significaba que la joven estaba dando martillazos en el clavo.

—¿Tiene algo que decir en contra de eso, Kirstein? —inquirió el hombre del

F. B. I.

—No... En resumen, es así. Yo... ideé hace tiempo esta máquina, y me pareció idóneo para esta misión del grupo. No había que matar a nadie, puesto que entonces se hubieran podido complicar excesivamente las cosas para todo el mundo... Ignoro si la China de Mao desea la continuación de la guerra en Vietnam como un posible trampolín para una guerra total, pero algo de eso hay. Yo..., nuestro grupo, no hemos querido arriesgarnos a tanto. Bastaba con los raptos de esos secretarios y causarles un daño pasajero; desconcertarles, indignarles, obligarles a abandonar París, sin llegar a conclusión alguna de paz..., más bien todo lo contrario, ciertamente.

—Claro. De haber elegido a americanos para ello, el mundo se habría volcado en favor de Estados Unidos, con el fracaso de China —dijo Nicole.

—Nosotros no pensábamos en eso. Pekín ordenó alterar a los norvietnamitas, y lo estábamos haciendo. Imagine a cuatro hombres sueltos por París, sin noción de su personalidad, y luego identificables como secretarios de la Delegación de Xuan Thuy.

—Imaginado —dijo Nicole—. ¿Sabe una cosa?; eso le costó la vida a mi hermano y al jefe de nuestra organización enlace con el

F. B. I.,

de Washington.

—Avissar es quien...

—Deje ya de mencionar a Avissar. Nicole.

—¿Sí, Ed?

—Pregúntale más cosas... ¿O te das por satisfecha con el informe?

Nicole reflexionó unos instantes.

—Creo que es suficiente, Ed —dijo.

—Bien...

—Veamos... Hay algo que tal vez convendría airear, pero no desde aquí. Tal vez a Washington le interesará retener con vida a algún elemento de este grupo, para luego, en Estados Unidos, realizar su propia propaganda sobre lo ocurrido, acusando a China ante las Naciones Unidas.

Ed iba asintiendo con la cabeza.

—No está mal... Pero, vayamos por partes. Lo primero que debemos hacer es devolver a ese hombre a su hotel, a la concentración de negociadores, ¿no crees?

—Sí, pero aguarde. Diga, Kirstein: ¿se mencionó al F. B. I., en presencia de ese hombre?

Kirstein musitó:

—Sí... Sin embargo, sólo de un modo accidental. Ese hombre sólo sabe que un agente del

F. B. I., ha sufrido las consecuencias de esta máquina. Y sabe que se busca a ese hombre. Nada más.

—¿Cómo sabemos que no miente, Kirstein? —inquirió Ed.

—No sé... Despiértenle, y pueden preguntarle. ¿No es simple?

Nicole dijo:

—Tiene que ser verdad, Ed. Por consiguiente, prosigamos. Devolvemos a ese hombre a su sitio, intacto, a salvo, y no podrá acusar de nada al

F. B. I.

Puede mencionarlo, pero sin acusación posible.

—De acuerdo —dijo Ed—. Pero antes..., estudiemos la posibilidad de trasladar a alguien del grupo a Washington.

—Es difícil... París, Francia entera, atraviesa unas circunstancias difíciles. Tendríamos que recurrir a algún viaje especial, camuflado.

Podemos consultar con Washington a su debido tiempo, y ellos pueden solucionarlo.

—Me parece bien. Y tengo elegido al hombre que irá a Washington a confesar ante todo el mundo el plan chino de desbaratamiento de estas conversaciones de paz. Lo tengo elegido, sí...

Kirstein empezó a adquirir un color verdoso.

—Oiga..., yo...

—¿Cómo lo ha adivinado, Kirstein? —rió secamente Ed.

El tipo intentó saltar de la camilla, pero Ed le hundió en el cuello la boca del cañón de la pistola.

—Quieto ahí... Estoy solo calculando una serie de posibilidades. Pero usted, como padre de este engendro de máquina, podrá llegar a ciertas conclusiones mucho antes que yo. Veamos, le someto a la máquina, y usted pierde por completo su personalidad. Una vez en Estados Unidos, se le interna..., como a mí, y nos curamos. Sé que existen compuestos químicos para activar los centros de la memoria y resolver las deficiencias de ácido ribonucleico..., lo tengo anotado —sonrió—. Y, por tanto, sanaremos los dos. ¿Qué recordaremos, Kirstein?

—Todo, a excepción de lo que haya ocurrido durante nuestro sometimiento a las desviaciones de nuestras células como consecuencia de los impulsos electrónicos de esta máquina.

—Ya... Usted, pues, recordará todo lo que nos ha confesado.

—Sí...

—Perfecto. ¿No es maravilloso, Nicole?

—Me habrás olvidado, Ed... —sonrió ella.

—Sí... Bueno, creo que solucionaremos este aspecto personal, Nicole. Por tanto, vamos a actuar.

Kirstein soltó un chillido, pero un golpe en el mentón le dejó sin conocimiento.

Ed, tranquilo, manipuló con la máquina; se hizo audible el zumbido, y aparecieron en la pantalla las correspondientes rayas, que Ed no se molestó en copiar. En Washington resolverían fácilmente aquello.

Minuto y medio.

Ed le miró, y musitó:

—Ya no es nadie, Nicole...

—Bueno..., debe ser terrible...

—Ahora lo verás.

Cuando Kirstein despertó, su rostro era totalmente inexpresivo. Miraba en torno, los rostros de Nicole y Ed... No reconocía nada, empezando por sí mismo... ¿Qué significaba aquel espantoso vacío en su mente?

—¿Qué me ocurre...? —musitó—. ¿Dónde estoy?

—No se preocupe, Kirstein; somos amigos.

—¿Ustedes? ¿De dónde salgo?

—Yo soy Ed, y ella Nicole. Amigos, ¿comprende?

—Yo...

—Piense en eso: ella y yo somos amigos.

Nicole miró a Ed, mordiendo los labios.

—Podemos empezar a trabajar, Nicole —dijo Ed—. Ni siquiera interesa que el norvietnamita recupere el conocimiento. Por unos golpes, no creo que se queje demasiado. Hum..., debemos preguntar dónde está ese hotelito en el que se aloja la Delegación de Xuan Thuy...

—Importa poco, Ed, puesto que el hombre se encontrará libre, con la mente en perfecto equilibrio, y podrá regresar con toda tranquilidad, sin contratiempos.

—Muy cierto. Yo cargaré con él, Nicole, mientras tú y Kirstein os dirigís hacia el coche. Kirstein no te creará problemas. ¿Lo oye, Kirstein? Insisto en que somos amigos y no le haremos daño. Queremos salvarle, ayudarle.

—No entiendo... ¿Por qué? ¿Y de qué?

—No haga preguntas. Vaya con Nicole.

—Bueno...

—Andando, Nicole.

—Sí... Vamos, Kirstein.

Mientras, Ed se dirigía hacia el asiático, para cargar con él. Y en aquel instante se hizo perceptible el zumbido del motor de un coche, que se acercaba velozmente a la torre. Ed quedó inclinado, quieto, a la escucha. Nicole se había detenido también, y miraba a Ed Brennan. Éste se irguió.

—Creo que aún no ha terminado todo, Nicole —musitó—. Sal de aquí con Kirstein y ocúltate en la parte trasera de la torre. Si encuentras una salida, te marchas, y me esperas en el coche durante

media hora como máximo. Si transcurrido ese plazo no llego, te marchas, y sabes mejor que nadie lo que tienes que hacer. ¿No olvidarás nada, Nicole?

—No temas.

—Hasta pronto.

Nicole dio unos pasos hacia Ed, le besó en los labios, y luego, silenciosa, salió de la estancia con el aturdido Kirstein, cuyo cerebro aún no estaba habituado al vacío, y se notaba completamente desplazado; como un marciano súbitamente colocado entre los músicos de una orquesta de «jazz».

Ed Brennan, con la automática en la diestra, se acercó a la puerta. Observó la retirada de Nicole, y se sintió más tranquilo. Esperó, y sólo dos minutos más tarde oía pasos que se acercaban al laboratorio.

Bien..., por todo lo que había ido descubriendo sobre sí mismo, debía ser un buen luchador.

Esperó, sin nervios, hasta que los dos hombres llegaron frente a la puerta; incluso dejó que Avissar, el primero de ellos, empujara la puerta. Y fue cuando el hombre del

F. B. I.,

apagó la luz y dijo:

—Quietos.

Fue mera fórmula.

Ya esperaba que aquellos dos hombres reaccionarían. Pero él tenía su pistola empuñada, y contaba con el factor sorpresa. Era evidente que Avissar y Zorga estaban muy desconcertados, pero, no obstante, y tal vez de un modo instintivo, ambos fueron en busca de sus armas, enfundadas bajo la correspondiente axila izquierda.

Ellos tenían que disparar contra la oscuridad, mientras que Ed les veía perfectamente en el pasillo.

Zorga era el más peligroso, puesto que apenas asomaba, y su mano fue muy rápida.

Ed disparó contra él por dos veces, al pecho.

Fueron dos taponazos; sendas llamaradas cárdenas rasgaron por un instante la oscuridad, Y siguió el gemido de angustia mortal.

Zorga, con los dos plomos en el pecho, salió hacia atrás, chocando de espaldas contra la otra pared del pasillo; luego cayó de rodillas, tosiendo.

Mientras, Ed había cambiado de posición, esquivando el único plomo que pudo disparar Avissar; plomo completamente inofensivo, que se clavó en la pared, a una yarda del marco de la puerta. Y tras esquivar ese balazo, tan sólo inclinándose un poco, el hombre del

F. B. I.
tiró contra Avissar.

Un balazo certero, implacable.

La frente de Avissar pareció resquebrajarse, convertirse en un dibujo de telaraña, manchado de rojo.

Y cayó de cara, muerto instantáneamente.

Ed Brennan iba entonces a encender la luz, cuando percibió un chasquido, y miró inmediatamente al pasillo. Zorga estaba casi en pie, con la espalda apoyada en la pared, y mirando al vacío, ya para siempre, con un lado de la cara destrozado por el balazo de Nicole. El hombre del

F. B. I.

tardó unos instantes en comprenderlo: Nicole no se había marchado. Había permanecido a la expectativa. La oía llegar, y otros pasos con los de ella.

Ed encendió la luz entonces.

—Está bien, Nicole... —musitó—. Creo que esta vez tú has sido el

F. B. I.

—Oh, no, Ed... Yo sola jamás hubiera conseguido esto.

—Bien, bien, no perdamos tiempo. Ve hacia el coche con Kirstein. Yo traslado a ese amarillo.

—Te espero allí, Ed.

Ya se estaban alejando, cuando Ed Brennan miró malignamente aquella máquina de anular cerebros. La miró unos instantes, muy fijamente. Luego agarró un escabel y se lió a golpes con todo el complejo, destrozándolo, asegurándose de que no habría posibilidad de reconstruirlo. Cuando todo aquello fue un montón de chatarra, con hilos retorcidos por doquier, Ed miró al norvietnamita.

El último golpe de escabel fue para el tipo, quien pasaba de letargo a letargo casi sin darse cuenta.

—De todos modos, eres un tipo afortunado —dijo Ed—. Ahora, andando. Hay que salir de aquí. Aunque...

No quiso complicarse la vida efectuando un registro. Tenían un

archivo viviente en Kirstein. ¿Para qué más?

Se inclinó, agarrando al hombrecillo, cargándolo sobre sus hombros con absoluta facilidad. Luego apagó la luz y salió a oscuras al jardín. El tránsito era nulo, el silencio completo. Eran realmente unas noches primaverales de París muy deprimentes.

Con su carga al hombro, Ed se dirigió hacia el lugar donde estaban Nicole y Kirstein esperando.

Nicole abrió la puerta trasera, y Ed dejó allí al norvietnamita, sobre los asientos.

—¿Nos vamos ya, Ed?

—Cuando quieras.

—¿Dónde dejaremos a ese amarillo?

Ed se encogió de hombros.

—En un lugar céntrico, que pueda reconocer fácilmente. Supongo que es lo mejor. Y luego, allá él con su desconcierto. Tal vez crea que ha estado soñando, ¿no?

Nicole entornó un poco los ojos.

—Es que, realmente, todo esto parece un sueño, Ed... —musitó.

—¿Sí? Y eso que tú no tienes la mente a oscuras, como yo. ¿Crees que he hecho bien en confiar totalmente en ti?

—Claro, Ed... ¿O vas a dudar ahora?

—Hum...

Nicole le besó en los labios, rápidamente.

—Voy a conducir yo, Ed —dijo—. Tú ve atrás con Kirstein y ese hombre. Cuando te parezca oportuno, me lo dices, y...

—No, no... Tú misma decidirás el lugar conveniente para dejar al norvietnamita. ¡Yo qué sé...! Andaría perdido si no fuese por ti. Por un poco más de tiempo, debes seguir siendo mi cerebro y mis ojos. Y..., ¿sabes qué pienso?, que tal vez no pueda prescindir de ti en lo sucesivo.

Nicole sonrió.

—Me encantaría, Ed —dijo.

—Pues vamos ya.

El coche se ponía en marcha unos instantes más tarde. Nicole tendió una mano hacia atrás, con un paquete de cigarrillos. Ed encendió uno y miró a Kirstein.

—¿Quiere?

—No sé... ¿A dónde voy?

—Esto es un simple paseo. Luego, efectuaremos un largo viaje.

—¿Un largo via...?

—Bueno, cállese. Esto es... deprimente. Supongo que en los primeros momentos yo me encontraba igual que usted ahora, y, la verdad, aún puedo sentir deseos de estrangularlo —gruñó Ed—. En fin..., ahora usted es un pobre diablo...

Kirstein se encogió en el asiento. Miraba sin comprender nada; el hombre desvanecido, aquel tipo enjuto, fuerte, con cara de bronce... ¿Y quién era él?

Ed se dedicó a fumar, placenteramente.

Llevaban quince minutos de recorrido, cuando Nicole dijo:

—Estamos llegando a los jardines de la torre Eiffel, Ed. Es un lugar que conoce todo el mundo que visita París. Un punto de partida ideal hacía cualquier lugar de la ciudad. ¿Te parece bien?

—Sí, desde luego. Acércate más a esos jardines.

Nicole obedeció.

Poco después frenaba.

Ed, en silencio, se ocupó de agarrar al asiático, y lo cargó de nuevo, trasladándolo a un banco del jardín, con vistas a la torre Eiffel. Le dejó en el banco, sentado.

—No dirás que no tienes buenos enemigos —masculló Ed.

Luego corrió hacia el coche, se metió dentro, y antes de cerrar la puerta, el vehículo ya rodaba.

—Ahora, a casa, Ed. Aún no hemos terminado. Tengo mucho trabajo para esta noche. No está mal ser el cerebro de un hombre del

F. B. I.

Nada mal, querido.

Y rió suavemente, mientras enfilaba rumbo a la tranquila calle Anatole France, de Lavalloise-Perret.

X

HABÍA sido el propio Gilles quien abrió la puerta de la casa. El hombre miró con interés a Kirstein, pero no despegó los labios. Cerró tan pronto todos hubieron entrado en aquel chalet amable, burgués, con sus comodidades, con su agradable ambiente.

—Gilles, ocúpate de ese hombre —dijo Nicole—. En tanto no recibas otras instrucciones, le metes en uno de los dormitorios, que descanse, que coma... En fin, que viva como una persona. Trátale bien, porque conviene que siga dócil.

Gilles pestañeó, perplejo.

—Pero...

—Oh, vamos, haz lo que te digo.

—Está bien, Nicole... Veo que todo ha salido bien, ¿eh?

—Resultados sorprendentes.

—De acuerdo... Me ocupo de ese individuo.

Y se alejó pasillo adelante con Kirstein, quien no protestaba, no hablaba. Un hombre que sin cerebro. Sin memoria, sin noción de sí mismo, estaba completamente anulado; ni siquiera podía defenderse instintivamente. Nada. Y, por cierto, convenía tratarle bien y mantenerle dócil.

Nicole agarró una mano de Ed Brennan, y dijo:

—Vamos, querido.

Ed se mostró dócil también y se dejó guiar por Nicole hacia una puerta que comunicaba con una fresca bodega, bastante bien surtida con toneles de todos los vinos franceses..., por lo menos aparentemente. Una vez abajo, Nicole abrió el grifo de una de los toneles, y ocurrió que las duelas se abrieron, dejando visible una emisora muy potente, muy compleja.

—Éste era el cuartel general de nuestra red —musitó Nicole.

—Ya veo...

—Ahora, no sé qué ocurrirá, Ed.

—Lo siento, Nicole Estás apenada por tu hermano, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Dime, Nicole..., ¿esto te daba dinero?

—Sí. Pero eso no me preocupa en absoluto.

—Ya...

—Mientras yo comunico con Washington, ve al rincón; el sofá es extensible, Ed. Te conviene descansar. Podría ser que Washington dispusiera rápidamente las cosas, y te vieras obligado a emprender esta misma noche el viaje de regreso a Estados Unidos. Hay dificultades para viajar por el país, por lo menos con coche y camión, puesto que no se puede repostar combustible, al menos en las cantidades necesarias... En fin, veremos.

Ed Brennan se dirigió hacia el sofá; se limitó a dejarse caer en él, estirando las piernas. Luego encendió un cigarrillo, y fumó, silencioso, mirando a Nicole, observando sus movimientos, la gracia de sus formas... Era una lástima tener que olvidarla... Dentro de unas horas, ¡zás!, nada sobre Nicole. Pero, ¿por qué no?, podía enamorarse de ella cada vez que la viera...

Mientras, Nicole, con la emisora en funcionamiento, estaba comunicando con Washington, en clave.

Durante mucho rato, Nicole estuvo emitiendo, y Ed supo que informaba largamente sobre todo lo ocurrido. Él, por supuesto, jamás podría informar sobre aquello. En Washington constaría el informe de Nicole tan sólo... Misión cumplida, sí, era cierto... Pero no solo.

Ed observaba el rostro de Nicole, que mostraba cierto brillo, a causa de un incipiente sudor. Parecía fatigada, tras media hora de incesante comunicación.

Luego empezó a recibir.

Y durante otros quince minutos estuvo cambiando con Washington, a la escucha y emitiendo.

Por fin, con un gesto de cansancio, dejó la emisora, y el tonel volvió a cerrarse, camuflando el aparato.

Nicole, lentamente, se acercó a Ed, y se sentó en el brazo del sofá.

Besó a Ed en los labios, e iba a empezar a hablar cuando sus ojos

se abrieron desmesuradamente.

—Dios mío...

—¿Ocurre algo, Nicole?

—He... he olvidado algo Importante.

—Bueno...

—Olvidé preguntarte si eres soltero, Ed.

—¿Soltero? No recuerdo esposa alguna...

—¡No recuerdas nada...!

—Mis documentos, Nicole; los que Gilles sacó del hotel.

—Oh, no valen... Son falsos.

—Pues, caramba...

—No puedo volver a besarte sin estar segura, Ed.

—Demonios... Maldita máquina...

—En fin... Tienes que partir esta misma noche, Ed. Washington ha encontrado muy interesante el informe, el resultado de la misión, y reclaman urgentemente a Kirstein y a ti, es claro, puesto que están al corriente de lo que ocurre con vosotros.

—Esta noche...

—Sí. Lo hemos dispuesto en la siguiente forma: Gilles, con una camioneta te conducirá a El Havre, el puerto más cercano; la distancia no es muy grande, y tal vez llegue sin tener que repostar, puesto que tenemos unas latas de gasolina. Una vez en El Havre, el propio Gilles, con una barcaza, te conducirá a la isla de Wight, en la costa sur de Inglaterra.

Desde Londres, estarán disponiendo en estos momentos de una avioneta especial, que os recogerá en la isla, para el posterior traslado a Londres. Y de Londres, a Washington, sin escalas.

—Dicho así, parece muy fácil.

—La única dificultad posible estriba en que tengáis que cubrir a pie algunas millas si se acabara la gasolina. Lo demás es muy simple. Confía plenamente en Gilles.

—De acuerdo...

Y quedaron silenciosos.

Nicole empezó a estrujarse las manos. Por su parte, Ed parecía completamente absorto mirando los ojos de ella, tan verdes, brillantes. El rostro juvenil, con los atractivos rasgos, especialmente la boca, tan dulce y cálida.

—Ed..., ¿volverás algún día? —musitó, de pronto, Nicol.

—Volveré.

—¿Y si estás casado?

—Entonces, bien... Igualmente. Ahora sé que mañana no recordaré nada. Pero cuando pueda leer el informe, sabré todo esto, y... ¿Cómo puede un hombre olvidar que tiene un perfecto cerebro en París?

—Comprendo... Vamos a avisar a Gilles. Cuanto antes salgáis de París, tanto mejor.

—De acuerdo, vamos.

Ya en la salita. Ed quedó unos instantes a solas; extrajo un capel y un bolígrafo, y anotó:

«Nicole Le Ray. Recuerda que la amas. Vive en el 23 de rué Anatole France, en Lavalloise-Perret, París. Es rubia, tiene unos preciosos ojos verdes y sus besos seguro que los recordarás. Si estoy casado, que mi esposa me perdone».

Sonriendo irónicamente, guardó el papel en el bolsillo.

Luego esperó la llegada de los demás.

—¿Quieres tus ropas, Ed? —inquirió Nicole.

—Estoy bien así; me siento más cómodo. ¿Está todo dispuesto, Gilles?

—Sólo hay que ir en busca de la camioneta, y hacia El Havre. Y de allí, con la barcaza, a la isla de Wight. Por mí, cuando quieran.

—No hay por qué perder tiempo, entonces. ¿Cómo se encuentra, Kirstein?

—¿Yo?

—Bah... Andando, Gilles.

Salieron ellos primero, Gilles y Kirstein.

Ed miró a Nicole, y la vio con lágrimas en los ojos.

—No llores, Nicole...

—No te preocupes.

—Puedes preguntar a Washington si yo...

—¡No! No, no... Esperaré. Si vuelves, bien. Si no..., te sigo esperando, y en paz. No quiero... no quiero perder la esperanza. Me da miedo, Ed.

Se oyó la voz de Gilles:

—¿Listo, Brennan?

Ed Brennan retrocedió.

—Adiós, Nicole...

Era un tipo vestido con un traje claro, de sobria elegancia; un hombre aparentemente delgado, pero con un cuerpo duro, elástico a la vez, de movimientos precisos. Un tipo con cara de bronce, con los ojos pardos animados por una viva inteligencia.

Hizo detener el taxi a la entrada de la calle Anatole France, en Lavalloise-Perret, París.

Pagó la carrera, se apeó, y miró la calle tranquila, con arbolitos floridos en las aceras, con algunos coches aparcados, con escaso movimiento... Un lugar agradable.

Extrajo un papel del bolsillo, y sonrió. «Recuerda que la amas...». No dejaba de ser curioso...

Caminó hacia el número 27 de la calle; un chalet burgués, muy agradable. Antes de llamar a la puerta, vaciló un poco. Por fin, lo hizo; apretó el zumbador, y aguardó.

Abrió la puerta una mujer de cabello rubio y ojos verdes, un poco tristes. Unos ojos que, instantes más tarde, pasaban de la sorpresa a la incredulidad, de la incredulidad a la alegría, de la alegría al miedo. Pero sin transición, en segundos.

—¿Vive aquí la señorita Niccole Le Ray?

—Ed... Ed, por Dios...

—¿Eres... es usted...?

—¡Ed!

Nicole se estrechó fuertemente contra Ed Brennan, cerrando los ojos, con un gemidito en su garganta.

—¿Eres tú...? —musitó Ed.

—Claro que sí, Ed... Y has vuelto... ¡Has vuelto...!

—Naturalmente...

—¡Ed!

Se separó bruscamente de él, mirándole a los ojos.

—Ed..., ¿eres... soltero?

Brennan sonrió; sus ojos tenían otra luz.

—Ajá —dijo.

—¿Y... sin compromiso en Estados Unidos?

—Que yo sepa, no.

—Pero..., ¿no has recuperado la memoria?

—Desde luego. Fue una cura sencilla. Y..., bien, repito: sin

compromiso.

—Oh... ¿Y... me amas, me recuerdas, Ed?

Ed extrajo el papelito del bolsillo, lo arrugó y lo tiró al suelo, lejos de allí. «Recuerda que la amas...».

—Bueno..., digamos que eso hay que comprobarlo, Nicole —dijo el hombre del

F. B. I.

—¿Comprobarlo?

—Claro. ¿Qué tienes que hacer hoy?

—¿Hoy? Nada... Nada especial.

—Entonces, ¿vamos?

—¿A dónde?

—Pues a saber si te amo.

—¿Y... cómo vas a...?

—He estado otras veces en París, Nicole. Conozco bellos rincones para la gente que se ama, o crea amarse. Podemos ir al «Canotage Club», y almorzar allí, pasar la tarde en el lago, en una de las islas. Luego, pues... Ya completaremos el programa sobre la marcha. ¿Te parece bien? He de enamorarme de ti, Nicole.

Ella entornó los ojos.

—Entiendo —musitó.

—¿Estás de acuerdo, entonces?

—Claro. Pasa.

Instantes después, estaban en la salita. Acogedora, agradable, alegre... Ed Brennan se encontró a Nicole pegada a él, mirándole a los ojos.

—Ed..., no pienses nada malo de mí. Tú has de enamorarte de mi otra vez, lo sé. Pero yo..., yo ya te quiero. ¿Comprendes?

—Oh, claro...

Nicole le besó en los labios, dulcemente primero. Luego, con fuerza, aumentando gradualmente su presión, hasta notar que Ed Brennan la estrechaba con aquella fuerza instintiva de entonces, cuando su cerebro era un caos en la oscuridad.

—Voy a cambiarme, Ed. No tardo. Puedes beber algo si quieres.

Ed la miró, silencioso.

Ella retrocedió, hasta desaparecer.

Corrió a cambiar sus ropas negras, jersey y pantalones, por un alegre minivestido estampado, muy moderno, gracioso, juvenil. Se

puso unos feos zapatones de grueso tacón, unas gafas de sol de montura cuadrada, un bolso de colorines, y en dos minutos estuvo de nuevo junto a Ed.

—Cuando quieras, amor.

—Ahora mismo...

—Pero ¿qué te ocurre, Ed?

—Nada...

Ella se mordió los labios.

—¿Te he... decepcionado? —susurró.

Él sonrió; como un gato ante un pobre pececillo.

—¿Decepcionado...? Vamos, Nicole. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—Vaya...

—¿Qué?

—No me hagas caso. Yo tengo treinta y cuatro, y..., cosas de la edad, claro... En fin, me gustan de veintiún años.

—Oh, Ed... ¿Por qué no me besas?

—Eso digo yo... Eso digo yo, sí...

Se estrecharon con fuerza. Ed Brennan creyó notar un destello de recuerdo. Pero no. No, no. Era sugestión tan sólo. Sin embargo, ello tal vez significaba que amaba a Nicole de siempre; que había de ser a ella a quien amara para siempre.

—¿No tienes nada que decir ahora, Ed? —musitó Nicole.

—Que me acabo de enamorar de ti.

—¿En serio?

—Ajá...

—Ed..., ¿y Kirstein?

—No sé. Es una baza que se guarda Washington. El informe y todo lo relativo a Kirstein han pasado a «Máximo Secreto».

—Ya...

—¿Vamos a perder nuestro tiempo hablando de eso?

—No, no... Vamos al club de «Canotage».

—Eso es...

—Ed, ¿cuándo..., cuándo te marchas?

—Cuando quieras.

—Pero... ¿juntos?

—Sí.

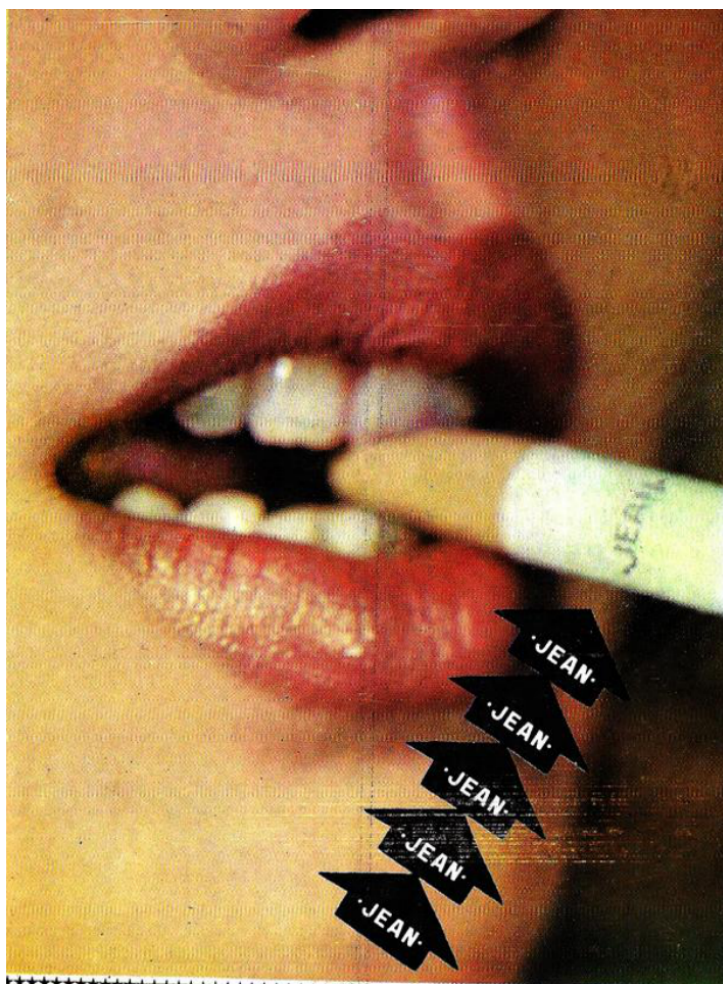
—Oh...

Ed rió suave, agradablemente.

—Hasta ahora, había oído decir que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Bien, no es cierto. Yo he tropezado con la misma piedra tres o cuatro veces, Nicole... Seguro que soy el único hombre del mundo que se enamora perdidamente de la misma mujer cada vez que la ve.

—Ed...

FIN



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García, 17 × Madrid-5

10
Ptas.

